

espol®

Facultad de Arte, Diseño y  
Comunicación Audiovisual





**VOLUMEN 7. NÚMERO 1**

**espol**<sup>®</sup>

Facultad de Arte, Diseño y  
Comunicación Audiovisual

# AUTORIDADES

## **Autoridades:**

**Cecilia Paredes Verduga, PhD.**

*Rectora*

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

**Paola Romero, PhD.**

*Vicerrectora de Docencia*

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

**Carlos Monsalve, PhD.**

*Vicerrector de Investigación*

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

**Nayeth Solórzano Alcívar, PhD.**

*Decana FADCOM*

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

**Carlos González Lema, MSc.**

*Sub-Decano FADCOM*

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

## **Director**

Marcelo Báez Meza, PhD

## **Asistente de dirección**

Lcda. Roxana Crow

## **Editor gráfico**

Antonio Moncayo Moncayo, MSc.

## **Consejo editorial**

Omar Rodríguez, MSc.

Daniel Castelo, MSc.

Diana Macías, MSc.

Alla Kondratova, MSc.

Ariana García, MSc.

## **Gestión de apoyo y difusión**

**José Luis Castro, MSc.**

Escuela Superior Politécnica del Litoral,  
Ecuador

# STAFF

## Diagramación

**Lissette Gómez**

## Imágenes

**Aleska Pinos**

Portada, Portadillas

Páginas: 16-17-23-62-72-73-78

**Diego Estévez**

Portada

Página: 88

**Lissette Gómez**

Páginas: 5-80-81

**Simone Romero**

Páginas: 6-22-96

**Joyce Vera**

Páginas: 10-83-94

**Isaac Coronado**

Página: 12

**Francisco Velásquez**

Páginas: 21-24-25-30-31-32-34-35-36-39-40-

45-46-49-50-51-52-55-57-58-68-69-75

**Angie Reinoso**

Páginas: 23-60

**Miriam Zuñiga**

Página: 42

**José Villacres**

Página: 66

**Josue Yáñez**

Página: 76

**Miguel Vergara**

Página: 84

**Romina Yáñez**

Páginas: 87

**AI Image Generator**

**Chat GPT**

**Prompt: Francisco Velásquez**

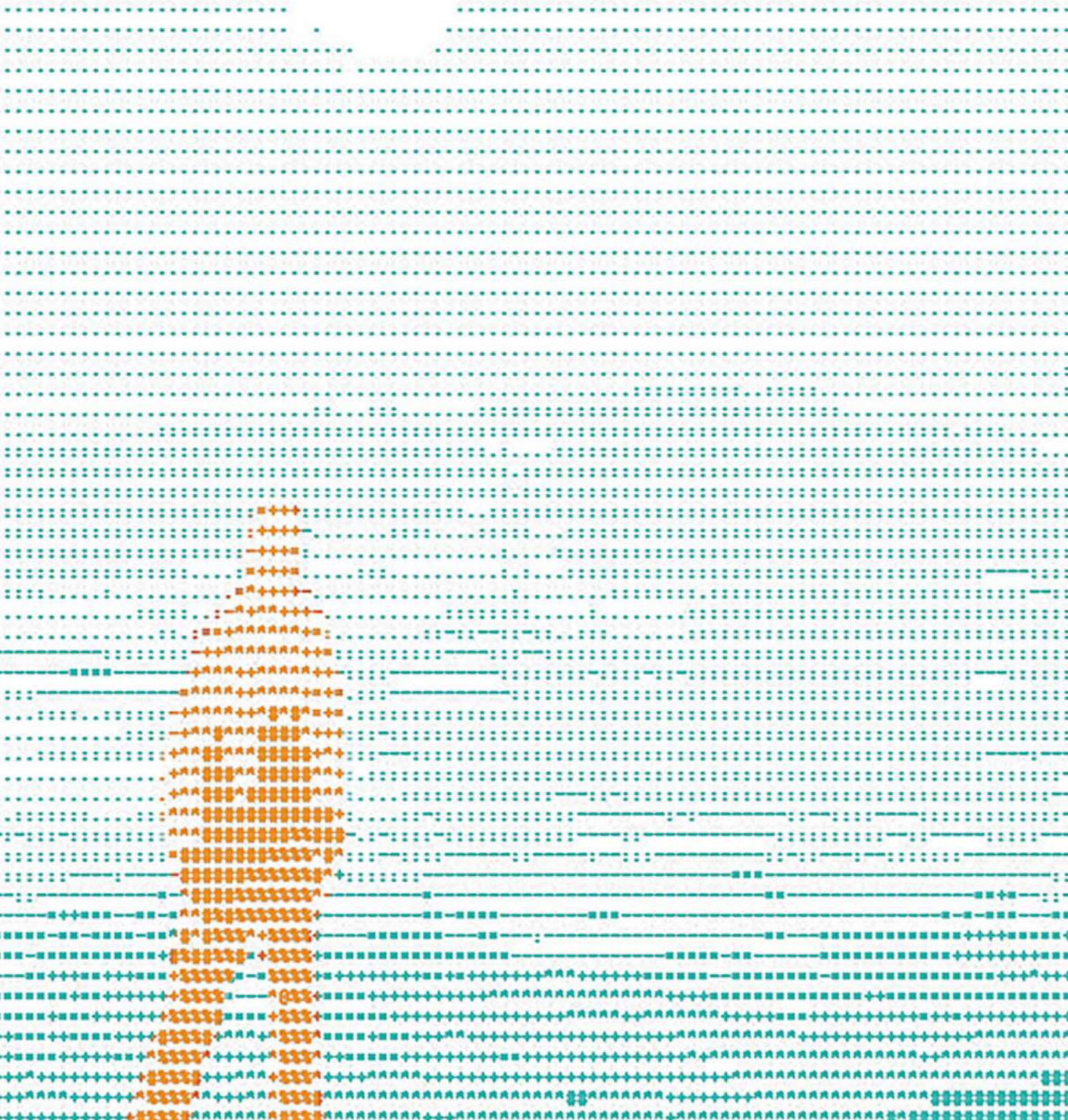
Página: 19

**Gemini**

**Prompt: Lissette Gómez**

Páginas: 14-15-65-66-79

Aunque algunas de las imágenes fueron generadas por IAG (inteligencia artificial generativa) fueron retocadas y trabajadas por intervención humana.



# CONTENIDO

**10**

**Editorial**

---

**14**

**Cuento**

El último retrato

Priscila

---

**28**

**Poesía**

Hoja en blanco y otros poemas

Una nube se mira en el mar

---

**44**

**Novela**

La forma de la luz fragmentos

---

**62**

**Entrevista**

Cuestionario Proust-Pivot

Responde Liliana Miraglia

**68**

**Rookies**

Peces de colores

Tiahuanaco

---

**78**

**In memoriam**

Réquiem por el escritor

Mario Vargas Llosa (1936-2025)

---

**86**

**Miscelánea**

Un aquelarre musical infinito

---

**90**

**Ficha de colaboradores**



Editorial

**E**n tiempos en que la palabra parece doblarse ante el estruendo de la violencia, emerge desde Guayaquil una propuesta editorial que se niega a claudicar. Pixeletras, la única revista guayaquileña que fusiona arte visual con piezas literarias —cuentos, poemas, fragmentos de novelas—, cierra este número en circunstancias que ningún editor desearía: días después de que un coche bomba estallara frente a un *shopping mall* de la ciudad porteña, en medio de una escalada de sicariatos que ha sembrado el terror en barrios y avenidas, mientras el eco del paro nacional indígena aún resuena en la memoria colectiva del Ecuador.



Este contexto de violencia desbordada, que amenaza con normalizar el horror cotidiano, convierte a Pixeletras en algo más que una revista: es una respuesta artística, una afirmación rotunda de que el arte y la palabra pueden —y deben— existir incluso cuando todo parece conspirar contra ellas.

El número abre con una noticia literaria de primer orden: la publicación del tercer capítulo de *Bulevar Manigua*, la novela inédita de Fernando Nieto Cadena que viene desplegándose por entregas en estas páginas. Nieto Cadena, con su prosa exacta y su capacidad para cartografiar los márgenes urbanos, nos ofrece en este capítulo una radiografía de la ciudad que duele por su precisión. Cada línea parece dialogar, sin proponérselo, con la realidad que nos cerca: sus personajes transitan calles que reconocemos, sufren violencias que nos resultan familiares, buscan redención en espacios cada vez más reducidos.

Pero si hay un hallazgo en este número es el doble descubrimiento de Alicia Ribas Roca y Diego Zaldumbide. La primera con el fragmento de *La forma de la luz*, novela aún en proceso, revela a una autora con una sensibilidad excepcional para capturar la textura de lo invisible: esa luz que modela los objetos y las emociones, que transforma los espacios cotidianos en territorios de revelación; el segundo escritor, con dotes narrativas sorprendentes para describir atmósferas y armar personajes inolvidables. Son dos literatos a los que habrá que seguirles la pista en los próximos años.

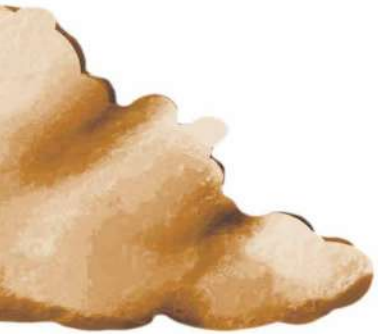
Este número incluye también un obituario que trasciende las páginas de Pixeletras para convertirse en un homenaje necesario: la despedida a Mario Vargas Llosa, cuya reciente muerte ha conmocionado al mundo de las letras. El escritor peruano, Premio Nobel y figura cardinal de la narrativa en español, deja un legado que va mucho más allá de sus novelas magistrales. Vargas Llosa fue el arquitecto de mundos totales, el cronista implacable de las contradicciones latinoamericanas, el defensor apasionado de la libertad individual y creativa.

En medio del caos que amenaza con devorar la convivencia, Pixeletras se erige como un espacio de resistencia cultural que merece ser difundido y defendido. Publicar literatura y arte en Guayaquil, hoy, no es un acto de evasión sino de confrontación: es insistir en que la vida humana no puede reducirse a la violencia que la acecha, que la imaginación es el último territorio que ninguna bala puede conquistar. Cada página de esta revista es un acto de terquedad luminosa, una apuesta por la memoria y la belleza frente al olvido y la devastación. En tiempos de bombas y sicariatos, Pixeletras nos recuerda que la cultura no es un lujo prescindible sino la médula misma de nuestra humanidad, el espacio donde aún es posible reconocernos como algo más que víctimas o verdugos. Que siga publicándose, contra viento, marea y bombas.

El editor.



Cuentos



# EL ÚLTIMO RETRATO

Diego Zaldumbide

Siempre me ha fascinado la precisión con la que se revelan los rostros en los sueños. Esas imágenes vívidas de gente que apenas recuerdas en la vigilia, y que no has visto en años, de repente aparecen con tal claridad que al despertar es imposible no pensar en que se trata de una revelación divina o fantasmagórica. La mente no sabe si procesarlo como pasado o premonitorio (que al final pueden terminar siendo lo mismo en su interminable circularidad). Lo cierto es que todos soñamos con sitios que en algún momento conocimos, con detalles que se alojaron en nuestra mente inconsciente: colores, formas y rostros que es improbable procesar en nuestra limitada y unidireccional atención diaria.

Pero ayer juro haber soñado un recuerdo. Estoy convencida de que eran tus manos las que rodeaban mi cuello. Salté de mi cama, en la madrugada, buscando a tientas un lápiz, como dominada por una fuerza sobrenatural que quisiera expresarse en plena oscuridad. Temía que al encender la luz se perdiera la nitidez con la que aún recordaba cada detalle. En el camino, tropecé con un vaso que había dejado sobre el velador la noche anterior. Por evitar que cayera al suelo, terminé enredándome con el cable del cargador de mi celular que aún permanecía conectado, lo que me hizo trastabillar y empujar un llavero y unas monedas del cambio que me pagó el taxista, y que olvidé guardar en mi cartera. El estruendo atravesó el silencio pavoroso de mi departamento, lo que terminó por poner mis nervios de punta. Cuando pude tranquilizarme, encontré el lápiz, y comencé a dibujar casi con los ojos cerrados.

En ese momento caí en cuenta de que un aroma irreconocible, como floral y amaderado inundaba mi habitación por completo. No era la primera vez que soñaba con tu fragancia.

\*\*\*





No recuerdo con precisión desde cuándo comencé a soñar contigo y tu aroma. Solo aparecías, intermitente, hasta que tu imagen se detuvo a los trece. Después sobrevinieron las incontrolables ganas de rayar, como si a borbotones se me derramara el cerebro y tuviera que limpiarlo con un papel (o sobre él). Lo primero fueron los círculos y esa maldita obsesión por que fueran perfectos. Dibujaba tantos que la mitad de mis cuadernos y libros se llenaron de extraños lunares que exhibía como trofeos.

En ese tiempo no existía el sobrediagnóstico mercantilista y hasta categórico para encasillar a todo niño distinto en espectros que ni los psicólogos terminan por comprender. A los ojos de mi madre (una mujer soltera con dos hijos y uno en camino), yo era una malagradecida y floja que nunca entendería el enorme sacrificio que hizo por educarnos.

– No tengo tiempo para estas niñerías. A mí me pagan por hora. ¿Ahora entiende mi enojo, señorita? –decía cuando la maestra, desesperada, la citaba después de haber intentado de todo para que pararan esas ganas enfermizas de dibujar círculos.

Hasta el párroco de la iglesia intervino. Por varios días incluyó, en sus intenciones, una oración para que alcanzara el perdón eterno y, de refilón, repeler cualquier espíritu maligno que pudiera poseerme.

Luego a los círculos se sumaron trazos tribales que los adornaron como cubriéndolos de una ola o sombrilla imaginaria. Después llegó la etapa de las líneas quirúrgicamente alineadas que nunca me cansaba de dibujar; y que las veía, incluso cuando cerraba los ojos, segundos antes de dormir. Así aprendí, finalmente, a dibujar unos ojos bordeando la perfección de un realismo casi espeluznante.

Los psicólogos de la escuela y mi maestra más querida discutían entre sí, barajando la posibilidad de que los ojos que dibujaba pertenecieran a un adulto cercano que hubiera podido lastimarme, ante la ausencia de un padre en mi vida.



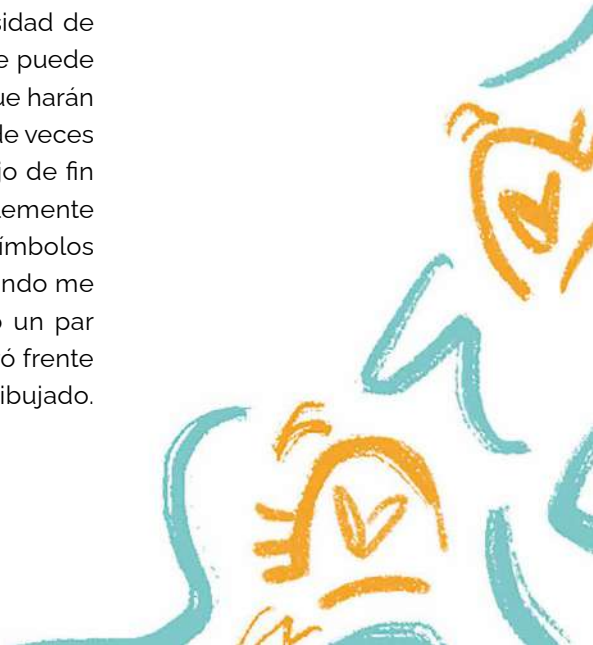


Cuando me aburría, sobre todo en las clases de Historia, el bolígrafo por inercia dibujaba garabatos que paulatinamente se convertían en ojos de distintos tamaños. Las explicaciones ociosas sobre la Revolución Liberal y el tono arrastrado del maestro Remigio, quien un día en un arranque de furia me llamó 'apátrida', me inducían a un trance pantanoso del cual solo conseguía salir cuando sonaba el timbre, o cuando gritaba mi nombre por tercera vez.

El punto de inflexión llegó cuando un día caminando del colegio a casa me cautivó una pintura que, por meses, ingenuamente creí original. Se exhibía a la vista de todos los transeúntes en un caballete que había perdido su brillo bajo el inclemente sol de la serranía ecuatorial. El cuadro, que ostentaba un trabajo corriente de marquetería en pino, había sido fondeado de un rojo sangre-espesa sobre el que caían, con una extraña armonía, figuras circulares que a mi parecer eran ojos de distintos tamaños. En conclusión, todo era ojos para mí. El pintor, y dueño de aquella humilde galería esquinera, entre las calles General Torres y Pdte. Córdova, apenas podía pagar la renta cuando vendía una que otra réplica barata que, por su evidente párkinson, siempre terminaba con apremio, antes de fin de mes. Cuando cumplí quince pedí uno de sus cuadros como regalo. Mi mamá se contentó por el significativo ahorro que implicó, restándole importancia a la inusual petición. Un año después supe que el hombre había muerto, y con él su modesto negocio. En su reemplazo se instaló una pollería, luego una despensa, después una farmacia, un bazar papelería y, por último, una licorera que siempre permanece abierta y decorada por borrachos, 24/7.

Estudí, como era de esperarse, una licenciatura en artes plásticas en la Universidad Estatal de Cuenca en el 98. Alternaba mis estudios con mi trabajo en las mañanas en un cibercafé que olía siempre a polvo y a papel planchado por el calor de las fotocopiadoras.

Faltando un año para titularme abandoné la carrera. Me parecía insufrible el currículo, los docentes que eran más críticos que artistas, y más aún, la bola de jóvenes enclenques y mal vestidos que enfundaban los más estúpidos y fútiles argumentos para explicar sus obras carentes de sentido, que no eran más que un intento esnobista y hasta naif del abstraccionismo ya gastado de Pollock. Otros intentos carecían de alma. En ellos se notaba que la práctica superaba al talento. El único arte sincero y original que extrañé (por irreverente y armonioso) fue el de Sami Amaru, una chica mestiza que tenía ascendencia indígena por lado de su madre, y que por un acto de rebeldía había decidido llevar su apellido materno de adulta. Su baja estatura y sus delicados movimientos contrastaban enormemente con su obra brutal y desmedida. Cuando presentaba una nueva pintura para la clase de Expresión Artística, todos la veíamos más alta de lo que realmente era. Su cuerpo endeble se tonificaba mágicamente, su piel y su cabello negro obsidiana, brillaban tanto que se hacía imposible dejar de mirarla. Hasta llegué a convencerme de que sus pechos crecían como pirámides incas, bajo su blusa siempre blanca, siempre étnica. Nuna, (como más tarde me enteraría que de cariño le decía su madre), parecía lenta y distraída lo que la hacía más hermosa e intrigante. Pertenecía a ese grupo escaso de personas que nunca tienen la necesidad de correr o apurarse, mucho menos angustiarse, por algo que se puede prever. Esta gente da la impresión de saber exactamente lo que harán en cada segundo de esta y de las próximas vidas. Solo un par de veces hablamos directamente. La primera, cuando elogió mi trabajo de fin de ciclo que ni siquiera recuerdo de qué trataba, (probablemente despotricaba contra el arte contemporáneo y ocultaba símbolos fálicos para burlarme de lo absurdo de la tarea); y la vez cuando me sonrió y se encogió de hombros al descubrirme dibujando un par de ojos en Semiótica de la Imagen. Al final de la clase se paró frente a mi asiento y me mostró otro par de ojos que ella había dibujado.



Yo siempre, desde pequeña dibujé el mismo par de ojos, ahora estoy segura, pero en ese entonces no había caído en cuenta. En cambio, ella había dibujado unos álgidos, solitarios, pero profundos ojos, que bien pudieron haber sido los míos.

Solo después de haberme retirado de la universidad, y de varios meses de intentar mantenerme a flote solo con mi desagradable empleo, me sorprendí extrañándola. Pasé días a punto de descolgar el teléfono para llamar a un amigo en común y pedir su número, pero antes de que pudiera armarme de valor, una tarde, ella me contactó. La conversación fue breve y directa. En la llamada nunca se la escuchó nerviosa, mucho menos, tímida. Me invitó a tomarnos unas cervezas esa misma noche. Propuso mi departamento sin ninguna vergüenza. Y después de explicarme la manera en cómo consiguió mi número telefónico, aprovechó para confesarme que las clases eran insoportables sin mí, lo que tomé como un comentario fortuito para romper el hielo y justificar la sospechosa invitación que me había hecho, así que no devolví el cumplido. Nos despedimos amablemente, y asumo que ambas percibimos que, del otro lado de la línea, una sonrisa se dibujaba en nuestros rostros al mismo tiempo.

Cuando colgamos, casi inmediatamente, prendí un porro que había armado cuidadosamente la noche anterior con lo último de mis reservas. Abrí una lata de cerveza, adelantándome a la cita, y mientras le daba una pitada al cigarro, me quedé observando por largo rato una serie de pequeños cuadros que descansaban en el piso contra la única pared que tenía ventana en esa suite que me costaba tanto mantener. Eran grabados en negro que había decidido estampar manualmente tallando en una plancha de madera, ojos barrocos muy a lo Rembrandt. Sin duda, mi obra maestra. A pesar de que se tratara de una mínima parte del cuerpo, un par de ojos denotan tristeza, lujuria, miedo, alegría, ira, sorpresa y hasta cansancio. Toda la serie, en



conjunto, era perfecta en su conmovedor realismo. Pero solo en ese momento caí en cuenta de que los once pares de ojos pertenecían a un mismo hombre. Al mismo hombre que había visto la noche anterior en mis pesadillas, cuando sentí claramente que me ahorcaba con una fuerza descomunal. Los ojos que dibujé a tientas la noche anterior transmitían ira, frustración, ternura y dolor, al mismo tiempo. Como si no hubiera querido extinguirme entre sus dedos, pero le era inevitable.

Descubrí con horror que lo que soñé bien podría tratarse de un recuerdo pasado... muy pasado.

En ese trance se atoró un nudo en mi garganta y nuevamente sentí que me faltaba el aire, lo que me propulsó de mi silla para abrir la ventana y sacar la cabeza inmediatamente.

La remota posibilidad de que eso fuera un recuerdo de alguna vida pasada me atemorizaba de manera nunca antes experimentada, pero del mismo modo, me avergonzaba sentir un extraño temblor en la entepierna. De alguna forma me excitaba recordarlo y al mismo tiempo pensar en que la vería, en unos minutos, a ella, a Nuna. Como si al fin todas las piezas encajaran en esta escena.

\*\*\*

Golpeas la puerta con insistencia, después de notar que no contesto. Sé muy bien que eres tú, y tengo unas ganas enormes de dibujarme, esta vez, frente a tus ojos.

# PRISCILA

María Paula Vanegas Florez

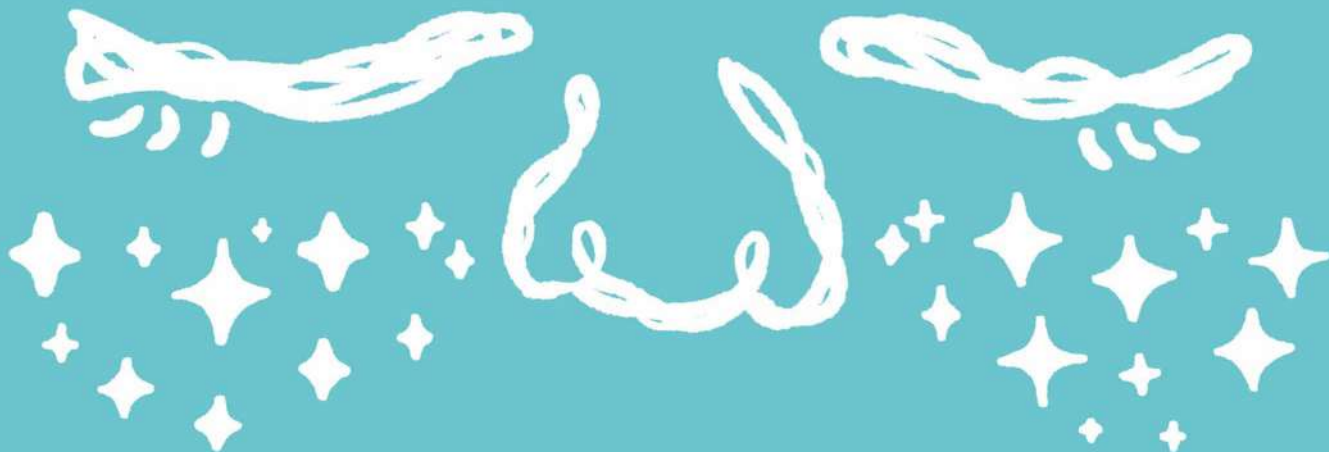
Priscila era una niña de 11 años de piel morena y rasgos montuvios. Su cara redonda estaba llena de pecas que formaban constelaciones en sus mejillas; sus pómulos eran puntiagudos, su nariz estrecha y sus ojos enormes y ovalados. Su cabello largo y liso enmarcaba su cara con un negro profundo. Si uno se acercaba a ella lo suficiente, podía captar el ligero olor a cabello planchado que rodeaba su aire y que se mezclaba con su perfume dulce. Ella era la más alta de la clase y la más desarrollada; a su corta edad podía haber pasado por una adolescente. Era hipnotizante, su belleza evidente y, sin embargo, ningún niño de la clase se fijaba en ella.

Priscila venía a la escuela con las uñas pintadas de colores suaves con diseños intrincados que lucía ante las niñas con orgullo. En su bolsillo llevaba una tapa de mentol para rizarse sus pestañas largas y un brillo de labios con olor a fruta. Con sus alargadas manos se pasaba el brillo por sus labios de forma exagerada y se rehusaba a prestárselo a nadie. Priscila siempre llevaba lentes de contacto que cubrían sus iris de un color verde-café que no parecía natural, pero que le sentaban bien. La blusa blanca de su uniforme de diario se notaba curtida por el tiempo y le quedaba un poco pequeña, lo que acentuaba su figura.

Su pantalón de gimnasia estaba descolorido, notándose más gris que azul marino. Sus manos tenían cayos que no mostraba a nadie y sus uñas estaban sucias bajo el esmalte.

Asistíamos a una escuela cara de barrio rico, de apellidos fuertes. Nuestros padres recitaban esos apellidos importantes precedidos por "Los" y los pronunciaban con mayúsculas para imponer respeto. Nuestra clase estaba llena de pieles blancas, rubios naturales, zapatos de marca, marcadores importados y termos de moda. Las fiestas de cumpleaños eran en ciudadelas cerradas, con comidas extravagantes y grandes piscinas.

No era poco común que entre clases alguien sacara a presumir algún objeto nuevo, regalo de sus padres: algún videojuego portátil, pulseras y collares con dijes delicados, agendas de moda o stickers de personajes reconocibles; y siempre Priscila los interrumpía para contarles acerca de algo mejor que ella tenía en casa, pero ella no traía sus cosas a la escuela porque eran muy valiosas y su padre no la dejaba. Ella siempre hablaba de su padre,



de cómo la consentía y de cómo, aunque era de carácter fuerte, la amaba y le regalaba todo lo que ella quería. Priscila nos contaba de anillos de oro, zapatos de edición limitada, aretes de diamante y un caballo; uno con un cuerno en la cabeza, pero que no era unicornio, sino solo un caballo de raza difícil de conseguir.

Su complexión se llenaba de orgullo cuando hablaba de sus cosas. Sus palabras resplandecían al salir de su boca, se volvía más alta, sus ojos se entrecerraban altaneros y su tono de voz era fuerte e intenso. Linda, desafiante y segura. Las niñas de la clase la escuchaban y se reían de ella, y yo, por la idiota sensación de pertenencia, me reía también. Yo no entendía el chiste, pero entendía que había algo de Priscila que no les agradaba y no sabía cómo sentirme al respecto.

Priscila nunca se enojaba abiertamente; su quijada filuda no cedía un centímetro ante la burla. Pero en su cara yo notaba sutilezas: tensión en sus pómulos, un movimiento imperceptible en sus párpados, un rubor sutil en sus mejillas. Su habla se aceleraba, defendía su verdad y nos pedía ir a comprobarla, pero nunca nos invitaba a su casa. Su padre, decía, odiaba las visitas.

Creo que fui amiga de Priscila. Yo era una niña escuálida, de dientes chuecos, voz ronca y poco sociable, y aunque compartíamos juntas los recreos, creo que ella tampoco sabía tener amigas. Ella me retaba cuando empezaba a mordirme las uñas, me miraba con intensidad y me decía que me iba a quedar sin dedos. A veces sentía su mirada en mí en momentos fugaces; le gustaba mi piel y



mis ojos verde miel, pero no le gustaban mis dientes cubiertos de ortodoncia tosca. Priscila se ofrecía a hacerme trenzas y acariciaba mi cabello lleno de friz con delicadeza.

—Qué linda te verías lacia—.

A la hora de salida las dos marchábamos hombro a hombro entre un mar de niños sudados y cansados. Seguíamos juntas al grupo de chicas de la clase, interviniendo en las conversaciones rara vez. Yo caminaba cabizbaja, tímida; Priscila caminaba a grandes zancadas con su cuerpo esbelto y largo, el aire a su alrededor pasaba ligero. Yo notaba la forma en la que ella se doblaba el elástico del calentador de gimnasia para mostrar sus caderas; unos shorts de licra asomaban por el dobladillo de su pantalón y se pegaban furiosamente a su carne. Cuando hablaba movía sus manos por todos lados desprendiendo un olor dulce imposible de ignorar, pero la mayoría del tiempo andaba callada. Yo la observaba en silencio y de reojo.

Marchábamos hacia la puerta cuatro del parqueadero para tomar los buses particulares, pero Priscila no iba en bus. Ella se sentaba en las bancas de cemento y esperaba a su chófer. Sentada en el bus, mirándola por la ventana, se veía tan pequeña a la distancia, de repente cansada y tímida. Su padre era un hombre de negocios muy ocupado, decía, y su chófer también, pero a ella no le molestaba esperar. Nuestros buses no tardaban en irse y ella se quedaba sola.

Una tarde calurosa veníamos marchando por el corredor hacia el parqueadero, en

silencio. Los buses se veían parqueados en líneas rectas, uno al lado del otro, a excepción de un espacio vacío donde debía estar el mío. A mi cara de confusión le contestó un niño que reconocía del recorrido: el bus no había venido todavía. El parqueadero se vació al tiempo que el sol empezó a bajar. Catorce niños quedamos varados en la escuela vacía y silenciosa. Empezaron a armarse grupos: el grupo de niños jugando fútbol en un extremo del parqueadero; el grupo mixto que jugaba a las escondidas con enormes carcajadas; y el de niñas en un círculo en el piso, haciendo coronas de flores. Sentada en el tercer grupo, podía ver a Priscila, sola, con la mirada perdida hacia la enorme puerta negra de metal.

A mi lado, una niña castaña de enormes ojos marrones me enseñó cómo unir coralitos para hacer una cadena de flores. Primero, debía ubicar el hueco en medio de los pétalos de la flor donde hay un tallo escuálido sobresaliendo. Después, debía extraer el tallo con manos precisas, con poca presión; esto haría salir del agujero una gota de un líquido como savia, espeso y transparente. Un paso opcional, entonces, era pasar la lengua por la gota de miel de flor que era dulce al paladar. Por último, introducía el tallo de otra flor por el extremo contrario a sus pétalos. Trabajamos rápido entre conversaciones ligeras, y en poco tiempo tuvimos largas cadenas de flores que convertimos en pulseras, coronas, aretes y anillos.

Mi mirada se levantó hacia Priscila después de terminar un collar largo; la posición

en la que estaba sentada no parecía cómoda, pero resaltaba una delicada curva en su espalda. Un par de niñas se fijaron también en ella y fueron a verla. Yo las seguí, tímida.



—Estamos haciendo pulseras de flores—. Priscila se volteó hacia ellas solo un segundo.

—No juego con tierra—

Una de las niñas intentó disimular una risa. Yo me senté en el otro extremo de la banca a su lado; la superficie dura era incómoda contra mis muslos tiernos. Me acomodé un poco y le extendí el collar de flores en mi mano.

—¿Tu papá siempre llega taaaan tarde? Qué pereza—. Priscila agarró el collar sin mirarme a la cara, deshizo un par de uniones y las convirtió en dos argollas.

—Mi chófer tiene cosas que hacer, no me molesta—. Con unas flores que le sobraron hizo un pequeño anillo. Yo tenía hambre, estaba cansada y el uniforme me apretaba en la cintura.



—¿Y qué carro tiene tu papá? —. Vi algo que pasó fugazmente por sus ojos mientras colocaba el anillo en mi dedo.

—Tiene muchos—. Procedió a sacarse sus aretes dorados y los guardó en su bolsillo. —No sé cuál le dejé mi papi hoy al chófer. Ayer vino con el convertible—. Se colocó las argollas en sus orejas con facilidad. Las niñas se rieron, ahora sin intenciones de ocultarlo.

—¿Tienes un convertible? — le pregunté mirándola a la cara. Ella me miró de vuelta.

—Algunos. Mi papá cambia de carro todos los años—. Mi mirada debió brillar con admiración o curiosidad, porque Priscila me quedó mirando una eternidad entera.

Ella se unió al círculo donde varios coralitos yacían en medio, sobre el cemento, abandonados por la conversación. Las argollas rojas que colgaban de sus orejas enmarcaban perfectamente su piel morena e intensificaban el color de su brillo labial. No fui capaz de seguir la conversación que ellas estaban teniendo. Había pasado casi una hora desde que se fue el último bus, y el cansancio me estaba alcanzando.

—¿Y tu papá de qué trabaja? —. Priscila estaba mirando su reloj digital de muñeca insistentemente.

—No sé, en negocios—. Una risa burlona se empezó a expandir por el círculo y llegó a mi pecho con demasiada facilidad.

—¿Y de qué marca es tu carro? —. Priscila se volteaba a ver la puerta negra del parqueadero fingiendo desinterés.

—Tengo tantos que ni me acuerdo—. La risa volvió a brotar de adentro mío sin restricción.

—¿Por qué te vienen a buscar tan tarde? Para eso está un chófer, ¿no? —. Priscila se levantó con un suspiro contenido. Entre mis dedos aplasté un coralito y vi caer sus pétalos al suelo. Su mirada volteó nerviosa a la puerta por unos microsegundos.

—Hacen demasiadas preguntas, voy a esperar por allá—. Se dio la vuelta y volvió a la banca de cemento. En el círculo de niñas explotaron las risas.

Pocos minutos después se abrió la puerta del parqueadero y nuestro bus entró, saludando al portero con un sonido débil de su bocina. El señor de bigote blanco que manejaba se disculpó con nosotros por la demora mientras nos ayudaba con las maletas y las loncheras. Sentada en el asiento del bus con mi mochila entre las piernas, vi a Priscila sola, con su postura rígida. No la vi mirando en nuestra dirección, pero supe que nos



observaba con cuidado. La puerta del bus se cerró, y el aire acondicionado calmó mi cansancio un poco.

Una camioneta celeste muy vieja y oxidada entró en ese instante por el portón abierto. Adentro de nuestro bus amarillo, el chófer hacía el conteo de niños antes de salir hacia la carretera. La camioneta se parquéó cerca de la puerta, pero no apagó su motor. Un hombre de piel curtida por el sol, vestido con guayabera y jeans desgastados, se bajó saludando a Priscila. Aún en la banca de cemento, con su cara ligeramente girada hacia nosotros, ella pretendía ignorarlo. El hombre caminó en dirección a ella con un ligero cojeo en su pierna derecha.

—¡Priscila, hijita! ¿Estás sorda? —. La niña alta que siempre caminaba con una seguridad que atrapaba la mirada se levantó avergonzada, su espalda jorobada, su cara oculta entre las sombras de su cabellera negra. Su padre agarró su mochila y le puso el brazo alrededor de los hombros; ella no lo miró ni por un segundo.

Al día siguiente, en el aula, el chisme corría de la camioneta “fea” y del padre “cholo” de Priscila. Ella parecía indiferente a los murmullos y bromas que ocurrían a su alrededor. Su postura era nuevamente

impecable, su cara impávida e imperturbable mientras miraba a la pizarra o se hurgaba las uñas. En el recreo, Priscila me invitó a su fiesta de cumpleaños.

—Creo que este año sí voy a poder convencer a mi papi de que hagamos una fiesta en la casa—. Yo me emocioné. —La podemos hacer en la piscina o en el salón de baile. ¿Vendrías planchada? —. Pasamos el recreo entero hablando de decoraciones, bocaditos y juegos de fiesta. Puede que algunas risas de niñas cerca se hayan filtrado entre las nuestras, pero la emoción de la fiesta opacó todo.

Mi imaginación voló todo ese día en el camino de regreso. Una casa grande y elegante con un garaje enorme lleno de carros caros. Una piscina profunda, envuelta de plantas exóticas. Una mesa llena de regalos envueltos en papel con estampados novedosos. Caballos pastando en el patio trasero, en una larga extensión de tierra en la que tal vez haya espacio para una fogata, verde hasta dónde llega la mirada al horizonte. Y al fondo, al borde de la enorme propiedad, escondida entre la maleza, una camioneta vieja de color celeste que les da vergüenza a toda la familia.



Poesía



# HOJA EN BLANCO Y OTROS POEMAS

Sylvia Poveda Benites

# Pecados capitales

Hay una escritora atrapada  
En siete dedos  
Golpea celdas  
Vacías de letras  
Coronadas por números.

Hay un fotógrafo que dispara  
Con cada pestañeo  
Imágenes reveladas  
De mente  
No de papel.

Hay una pintora  
Que toma una brocha  
Y llena de sombras  
Sus ojos.

Hay un actor  
Que calla las preguntas  
De Hamlet  
En la junta directiva  
De su padre.



Hay una bailarina  
Que maneja el espectáculo  
Dando vueltas entre luces  
Rojas, amarillas y verdes.

Hay un guitarrista  
Que rasga un concierto  
Para virutas que saltan  
De una pared.

Hay un escultor  
Que detrás de un mural  
De vidrio  
Pule con su cincel  
A deudores frescos.

Ninguno le debe al fisco.

Y hay algo que todos  
Le deben a la vida.

## Poema IX

Para medir la distancia de un abrazo, respire profundamente el olor a libro viejo

Reemplace las horas por letras:

Te veo a la luna en punto

Imagina a los dos en el cuarto creciente

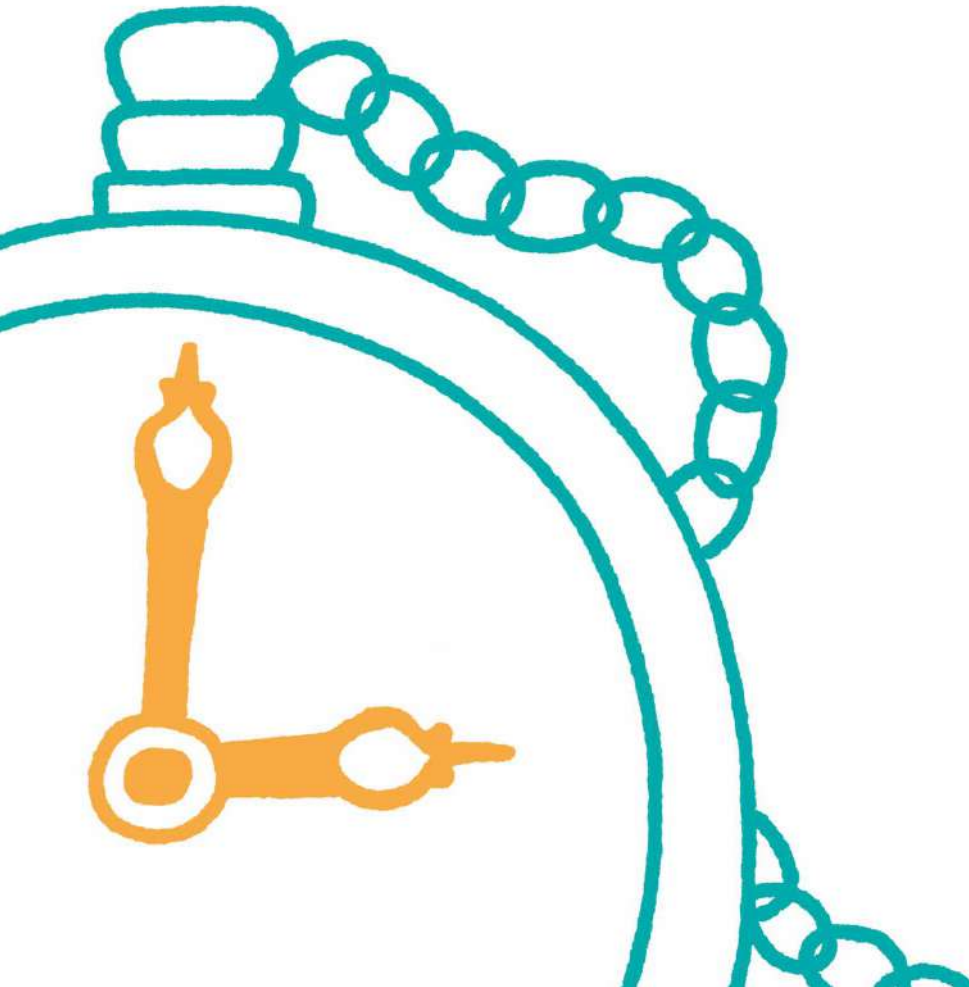
Aplaza el despertador menguante

Despídete de la cínica y media

Intenta ignorar sus pasos

Acepta esta cuarentena nueva.

Me llena, tu noche.



# Hoja en blanco

Soy escritor

Y todo lo que digas podrá ser usado en mi obra.

Tienes derecho a permanecer callado,

A hablar con tus gestos,

A llamar a tus recuerdos,

Que ellos te sacudan

Te giren la llave

Y de tu cárcel

Liberen la prisión de tu memoria,

¿Quieres vida eterna?

Ya la tienes

Cuando entre páginas

Renace tu existencia.

Tu piel es la de varios personajes

Tu alma se deviene

En hojas nuevas

Con capítulos infinitos

De tus horas.

Cuéntame cómo estás,

Qué hiciste

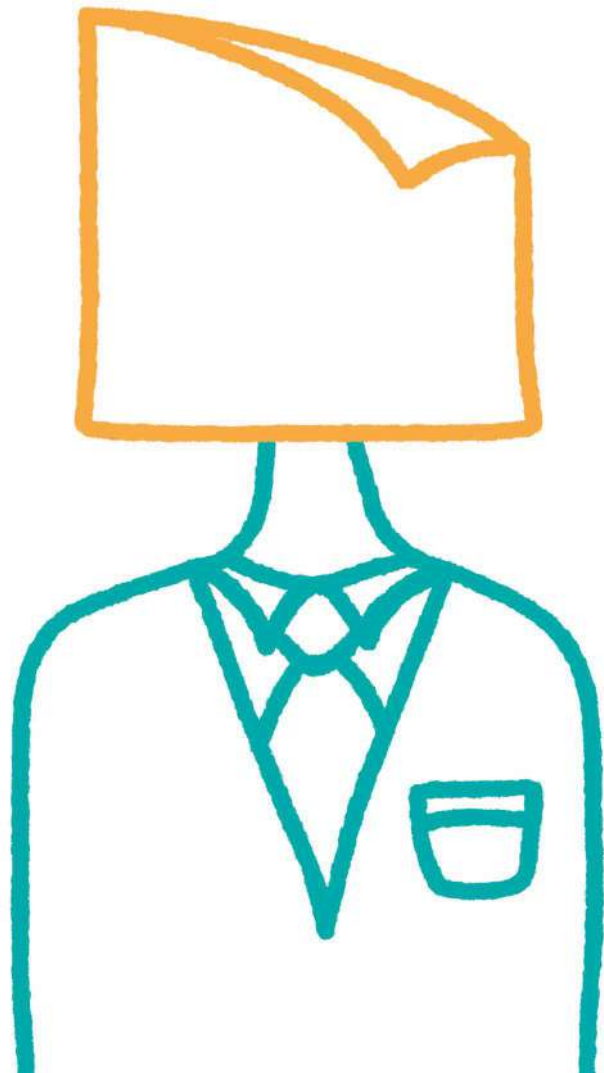
Lo que deseas

Lo que no eres.

Late tú

Vestido de letras

Desde el infinito.





## Insomnio

Tengo tres días sin soñar.  
Los síntomas  
Son tres hojas vacías  
Personajes inconclusos.  
Musa, ya que no velas  
Mi insomnio  
Hoy me defino  
En historias cortas  
En versos con fecha de hoy  
Para dormir al ayer.

## Poema III

No me llamo Princesa  
En mi cabello no hay gemas ni perlas  
Sino más que el agua de la lluvia y las flores.  
No sé cómo mostrar mis huesos  
Hacer que asomen tímidos tras una cortina de piel de luna.  
Ni siquiera tengo esas cortinas.

Mis células están vestidas de la noche  
Con cicatrices de estrellas, luznares.

Yo tengo más de ocho mil años AC  
No había doncellas en mis tiempos -ni eran necesarias-.  
En mí guardo el secreto de la forma de las manos que me dieron la vida.  
Polvo y piedra eres  
Y en arcilla eterna te convertirás  
Para dar fe de que en tu vientre se gesta la luna.  
Que cada noche abre las manos de la oscuridad para ser un faro.  
Siendo un objeto, jamás lo serás.  
Serás el remedio que arde en la hoguera de rituales  
Que curen el dolor de los tiempos.  
Serás amplia y robusta como un tronco  
Donde crecerá el árbol de tu hogar  
Tendrás el néctar que alimenta generaciones:  
Lava tibia en la cordillera de tus antes.  
Dormirás como un volcán  
Esperarás en silencio hasta que un día tu luz  
Derrame energía en la tierra nueva.  
Con estas letras me he encontrado.

Se ha levantado la tierra de mi tristeza.

Arqueología: oficios del arco de mi rostro  
Que busca respuestas de pasado.




# UNA NUBE SE MIRA EN EL MAR

Frank Pesantes Benítez

Una nube se mira en el mar  
Se pregunta a través de mí  
Por qué siempre la brecha de azul sobre azul  
Sublime siempre  
En la variabilidad de tonos  
A la par común aun cuando  
Le ofrezco a la mar a ti y a mí  
Infinitas imágenes e historias  
Con la secuencia de un rostro que interroga  
Que se carga el horizonte y la marea  
Precaria alforja  
Un contenedor que sólo puede concebirse  
A través de la discontinuidad  
En la infinitud de vacíos  
De ir o venir a trasegar  
Enjugar todas las despedidas y naufragios  
Volverlos a doblar en un pañuelo  
Para llorar no se sabe bien con qué  
Sensación final  
Todos los prodigios que permanecen ignotos  
Señales perdidas a propósito y no  
Toda suerte de siniestros y crímenes

Al esclarecerlos cambiarían de seguro  
Nuestras historias  
Sumatorias de ilusoria historia  
Con lamento ilusorio  
Es uno el sendero por la noche  
Para iluminar el trasegar de nosotros  
Al menos a través de mí en esta ocasión  
Es infinito el asedio acribillado  
Ante la brecha del horizonte  
Vulnerabilidad se sabe más titánica  
Invencible que lo divino  
Una nube se advierte insondable  
Se lamenta del mar todas las noches  
En infinitas nubes  
Dos senderos fluctuantes como un arco  
Tenso de locación indeterminada  
Seguro firman infinidad de rostros e historias  
Cargadas y soltadas a través de mí  
La infinidad de formas parte de la dualidad  
En una alforja cuya capacidad consiste  
En el carácter sutil  
Pañuelo extraviado



Aves marinas se vuelven por tanto lugares comunes  
Iniciales y prendedores  
Dobleces de mudanza  
Cuando no alfabeto perdido  
Lenguaje perdido del retorno  
En su danza  
Aquel tránsito entre vaporoso y líquido  
Aquel dolor resuelve historias no contadas  
Cuenta a su modo en cambio las que sanan  
Mu-danza  
Lengua del agua azul sobre azul  
Brecha continente perdido  
Vacancia que no es vacío del todo  
Surgen aparentes formas  
Que contendrán u orillarán a otras

Provisoria sucesivamente  
Límite ilusorio con las fuerzas  
El sublime dolor necesitó el relámpago  
Antes y después las lágrimas  
Antes de enjugarse y contemplarse una vez más  
Antes de ir y venir tras el cántaro  
Historia obliterada  
El último pañuelo doblado por las lágrimas  
Es un pétalo sin tiempo  
Ramos arrojados a los ríos  
Ofelia rumbo al mar  
No lo suficientemente bien soñada  
Criaturas siniestros y naufragios  
Rotos y disueltos  
Inadvertidos infinitamente  
Para contener el agua

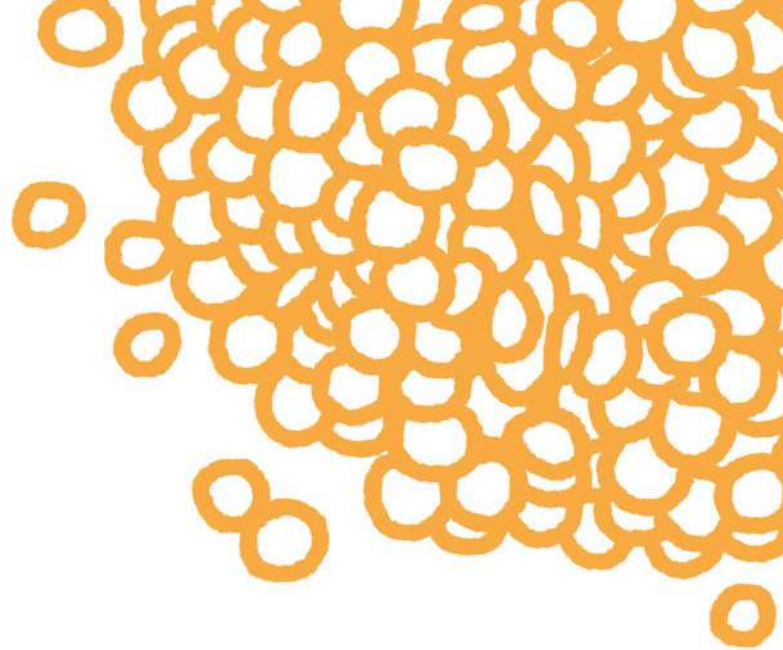


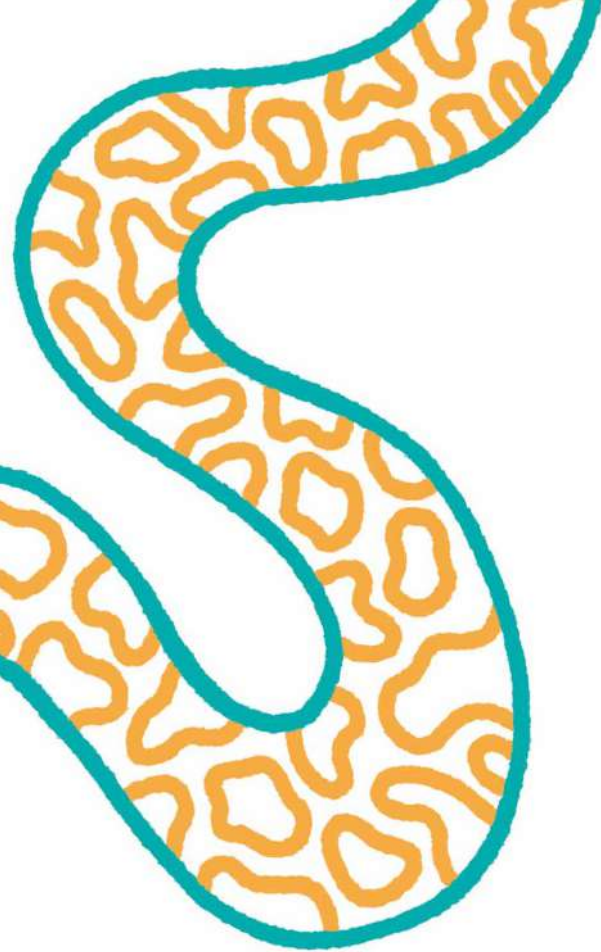
# Padre mío que estás en todos lados

Padre mío que estás en todos lados  
Quedaron algunas cuestiones por tratar  
Declinar alguna vez  
Algo me decía que me callara  
Que engullera los bocados  
Que les dé vuelta decimos  
Un día ya no pude  
Nada tiene que ver con que te pusieras mal  
Pero olvidaba que andabas enfermo  
También tú lo olvidabas  
Los enfermos reclamamos más vida  
Los viejos  
Los dementes  
Los jubilados  
Unidos venceremos  
Si la pierna mala es la alterna  
O el tiempo  
Esas figurinas a través de las cuales  
Registraban dolencias  
Nos faltó poner una vez más la otra mejilla  
La mirada comprensiva  
Padre  
Ese reconocer del otro  
Ya te he comentado  
Lo que dicen los que navegan con bandera de listos  
O de elegantes  
So tú lo dices  
Tú lo has dicho  
Que lo digan otras personas  
Adecuaciones enlatadas padre  
Ya te comenté según al menos un docto  
Yo sé que tú sabes que yo sé  
Las manos enjugan en el espejo de agua  
Arremolinarse carroñeras alas

Desde una tierra donde te abrieron la puerta  
La misma semana que te fuiste  
No realizaste aquel viaje prometido  
Obcecado patriarca  
Irreductible  
Padre  
Otra fue la puerta que tomaste  
Faltó un milímetro a la comisura de los ojos  
A los perfiles comprensivos  
Darle la vuelta al otro  
Un plato desheredadas lentejas  
Trasponer la perspectiva  
Saltar el toro  
El dragón en el cielo  
Una tierra  
Donde colocaban relieves bifrontes  
Sobre los dinteles  
Jano  
Fauno  
Fanes el alado toro  
La gloria del cielo  
Pan ha muerto como para ver de frente  
La naturaleza insuflada de aliento  
Sin pánico  
Sin pata de cabra  
Artificio ecuestre  
"Pata de cabra es quien abre las puertas  
y se va para el monte"  
La vía de los bandidos como ese  
Con nombre de ave mensajera  
Que habla no de reglas sino de parámetros  
Como no existe el tiempo  
El talante lo define un cuándo  
Se es bandido patriarca  
Héroe tirano  
Mi niño de pan

Padre  
Algo se quemó a las puertas  
Faltó el giro implacable  
Esa otra pata de gallo  
Les temías porque uno de pequeño  
Por nada te hace tuerto  
Ese con nombre de padre putativo  
Te dejó marca aunque viviste a tu modo  
A la par roto y entero  
Nunca dejaste el niño que jugaba  
Mientras siempre te mostrabas vertical  
Amago de bandido no lo fuiste  
Ni hermanos ni botines acaecieron  
Sí un aire algo intangible  
Vegetal que se vuelve mineral  
Una gloria despojada putativa  
Padre  
Faltó darles vuelta a esas lentejas  
De los falsos desheredados  
Los que desmadejan el misterio de los vellones  
Cabellos y caballos  
Gemelos dioscuros del parque  
Calvos de la certera ocasión  
En la plaza de la ciudad prometida  
Según Cronopio  
Se mueven cuando lacera la luna  
Ese cuándo  
A golpe de tres para lograr  
Al segundo para echar a perder  
Para pasar contrabandos  
O contrabandistas  
El salto del toro  
El toro alado gloria del cielo  
Estar afuera o adentro  
El útero de la tierra es su corteza  
Transitar padre hay que transitar



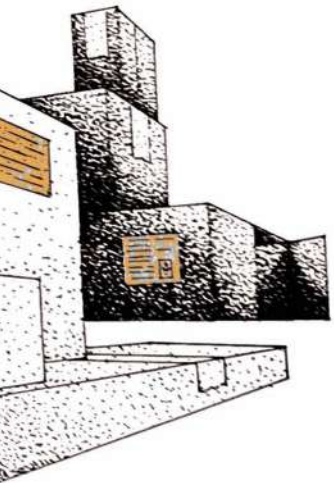


La espiral del tiempo requiere  
De las patas de cabra para componerse  
La virtud padre no ha sido esencial  
Está y no está como todo  
Se manifiesta en esos cuandos  
Que calvos no agarramos ni les dimos vuelta  
Lentejas en plato desheredados sabios  
Tonel buchaca para el rodar del cambio  
Serpenteante  
Ni negro ni blanco  
Por dentro si se cree en ser en los trabajos  
Ballena que antes andaba vacía  
¿Cuándo?  
La pata de cabra guarda un vértice de perspectiva  
Afuera es adentro a veces  
Adentro son cuentos de afuera  
Se transita por las puertas como por una serpiente  
Una boa se traga la ingente cadencia  
Sombrero para hacer como si  
Para guardar aquella perspectiva  
De cualquier modo hay que transitar y morir  
Naufragar  
Dónde depende de cuándo  
¿Más que viceversa?  
Las manos que se enjugan en el espejo de agua  
Que tanto amabas y estudiabas padre  
Como sus criaturas  
Se arremolinan aves catárticas de tiempos y espacios  
Para disponer o posponer la perspectiva  
Del patriarca del bandido del héroe

No vaya a ser que un pan  
Mi niño de pan  
A quien ahora llamamos como tus amigos  
Dado que siempre casi siempre  
Fuiste vertical  
No vaya a ser que el tránsito  
Sólo sea trabajo o sólo perspectiva  
Sin el debido tacto del dónde y el cuándo  
Junto a sus chasquidos  
Sin que enjugadas yemas  
Inundados dédalos de yemas  
Enlacen la brecha entre hundirse y observar  
Con un giro  
Devenir la transformación  
Historia de dos caballeros de un mismo prototipo  
Que los escribas terminaron unificando  
Enfrentados hermanados amados  
Apelando cada quien a destiempo  
A un sentido de autoridad  
A una herida  
"Luchas contra quien no es tu enemigo  
podrías fácilmente bordear el camino"  
No vaya a ser que esa bifronte consideración  
No se coloque sobre la puerta del tránsito  
Grímpola y ofrenda  
No vaya a ser mi niño de pan  
Padre mío  
Que algo a la puerta del horno se nos queme



# Novela



# LA FORMA DE LA LUZ FRAGMENTOS

Alicia Ribas Roca

1

Para Teresita, quien me enseñó como pasan los ángeles y para mi dulce Andrea, quien ve la grandeza de los detalles.

Giulia Febres se detuvo y una ráfaga de viento la hizo parpadear mientras leía el letrero de la esquina: La calle del Ciompi. Avanzó por la callejuela de fachadas de arquitectura medieval, con algunas bicicletas apostadas en sus veredas estrechas hasta la siguiente esquina y revisó nuevamente el nombre de la calle.

—Debe ser por aquí —se dijo a sí misma en voz alta.

El Instituto de arte Muscatello ocupaba todo un edificio y colindaba con el famosísimo Teatro Ornello. Giulia ingresó por el portón del Instituto a través de unas grandes puertas dobles de madera, pintadas en verde con aldabas de leones de bronce, que permanecían abiertas y sobre las que reposaba el número doscientos doce.

Dentro del edificio se topó con una tienda con paredes de vidrio sobre las cuales se leía el letrero:

*Tienda de Cristal*

*Materiales de arte y pigmentos importados.*

*Abierto de lunes a viernes de 9:00–13:00*

*16:00–19:30 horas.*

*Se reciben inscripciones del Instituto.*

Avanzó hacia los estantes de bisutería, porta vasos, cerámicas, oleos, pinceles y todo tipo de pigmentos y materiales de arte. La tienda y las inscripciones estaban a cargo de una señora de pelo rojizo, capaz de hablar mil palabras por minuto y vender la mercadería a tres personas al mismo tiempo.

La señora se encontraba sentada en su escritorio, frente a dos estudiantes de cara somnolienta, vestidos enteramente de negro, sentados en sillas de aluminio.

Giulia esperó a un lado y la señora pronto reparó en ella.

—Buona sera, bella, yo soy Donna Vitale —alzó la mirada— ¿Vienes a inscribirte?

—Ya estoy inscrita. Envié mi documentación por correo —contestó Giulia.

—¿Eres de primer año?

—Sí, es mi primer día. Soy Giulia Febres, de primer año.

—¡Oh! Giulia Febres. El señor Muscatello me pidió que le avise cuando llegues —murmuró Donna mientras revisaba una hoja impresa.


Giulia abrió la boca para preguntar por qué el señor Muscatello querría verla, pero la mirada curiosa de los estudiantes de negro, que se encontraban a su costado la hizo cerrarla.

—Los tres están en la misma clase —anunció Donna—. Vayan por las escaleras al Salón Pitti, en el segundo piso. ¡Vamos! A moverse.

Giulia subió con el resto del grupo por unas escaleras amplias de piedra pulida, que se encontraban tras la oficina. Las escaleras eran ruidosas y alegres, ¡Buona sera!, se escuchaba cada dos escalones, y el eco subía hasta perderse en el corredor del segundo piso, donde el silencio primaba en los talleres y las clases.

Había cerca de catorce salones. El salón Pitti, justo a la derecha de las escaleras, era el más pequeño. Se apretaron en unas bancas de madera oscura. Federico Monti, el profesor encargado de historia del arte, se ajustó las gafas, se peinó el bigote, subió a un banco que le permitía la vista de todo el grupo y luego dio una introducción sobre los métodos de trabajo y una larga lista de libros, tres de los cuales debían ser leídos en el mes: *Poética de Aristóteles*, *Historia del Arte de E.H. Gombrich* y *El complot del Arte de Baudrillard*.





—En la Biblioteca quizás encontremos esos libros —su compañera de banca se agachó para amarrar el cordón de uno de sus tenis—. Soy Carina —se retiró el pelo ensortijado de la cara— si quieres vamos juntas mañana, y puede ser que encontremos libros en otros idiomas.

—Gracias, si me gustaría —contestó Giulia—, aunque no sé si podría leer libros en otros idiomas.

—¡Oh!, pensé que eras extranjera. Tienes rasgos exóticos.

Giulia sintió que se le encendía la cara. Había recogido su pelo, de un color cobrizo singular, con una coleta.

—¿Arriba hay más salones? —preguntó Giulia

—¿El tercer piso? No, allí no se dictan clases. El último piso lo ocupa el dueño del Instituto, Hugo Muscatello —contestó Carina.

Su primer día en el instituto pasó como un suspiro. Al atardecer, camino a su departamento, atravesó con pisadas amortiguadas la Piazza della Signoria. La sensación continua de prisa, esa que se queda pegada en el cuerpo de todos los que han vivido en ciudades concurridas, desaparece pronto en Florencia. Las impresionantes esculturas y los edificios históricos gritan a toda voz: ¡Mírame, soy digno de admiración! Y Giulia, deteniendo su caminata, también cedió ante la grandeza de la ciudad. El clima era agradable. Había dejado de llover y las baldosas grises lucían brillantes, con pequeños charcos en sus esquinas. Los visitantes se aglomeraban tomando fotografías entre las colosales esculturas expuestas a simple vista bajo los arcos arquitectónicos.

Le pareció que el cielo, de un azul intenso con las nubes blanquísimas sobre el techo del Palazzo Vecchio, era igual al de la primera vez que cruzó por la piazza, hace un mes.

Cuando se le presentó la oportunidad de ingresar a el Instituto de Arte Muscatello vendió sus pocas pertenencias y se trasladó a Florencia. Durmió varias noches en un hostel económico, hasta que encontró un piso: un ático en el sexto piso de un edificio en la Vía del Moro, bueno, un intento de ático, más bien era una estructura de madera y vidrio sobre la terraza. Fue difícil convencer al arrendatario quien había estado reacio a alquilarle el piso. No quería entregarle el espacio a una estudiante, le había dicho. Ella logró convencerlo explicándole que era la más apropiada para subir los seis pisos, que no tenía problemas con las goteras, ni con atravesar la terraza para ir al cuarto de aseo común que se encontraba en el piso inferior.

«Había sido una suerte encontrar el espacio», pensaba Giulia recordando el gran ventanal de su habitación orientado hacia la impresionante vista del Ponte Vecchio. Tenía un colchón bajo el tejado inclinado, un sofá azul y un mesón de piedra que separaba el área de la cocina. Poco después supuso que el motivo por el que el ático no había sido arrendado era el frío del invierno, que se colaba por el ventanal como larvas de hielo.

Cuando llegó la noche y regresó al ático, Giulia estaba tan entusiasmada que pensó que no iba a poder dormir, se soltó la coleta y se tumbó sobre el colchón; las emociones del día la habían dejado exhausta y cuando cerró los ojos, sólo un pensamiento la inquietó: ¿Por qué quería el dueño del instituto que le avisaran cuando ella llegase? Giulia no encontró un motivo y se tranquilizó pensando que quizás era así con todos los estudiantes. Abrazó la almohada y durmió hasta el día siguiente.

2 Donna Vitale cerró la tienda de materiales y colocó los papeles con sus dedos regordetes en una carpeta, cuidando de no dañar sus uñas pintadas de fucsia. Le gustaban las rutinas y durante los diecisiete años que había trabajado para los Muscatello, cada primer día del semestre se reunía con el director, es decir con Hugo, para entregar su informe.

Donna tocó la puerta del tercer piso de la oficina de Hugo, con la carpeta en mano.

—Adelante —dijo Muscatello.

El rostro pálido de Hugo resaltaba detrás del escritorio, la amplitud de la silla de cuero y las solapas del saco oscuro lo hacía parecer más grueso de lo que realmente era. Donna había conocido al padre de Hugo, y aún le asombraba el parecido físico: las cejas definidas, los labios finos, el pelo negro azabache. Hugo Muscatello hijo era más corpulento y bastante más atractivo.

Al principio le preocupó que una persona tan joven estuviese a cargo del instituto, pero Hugo fue capaz de desplegar una simpatía de la que su padre había carecido y la clientela se multiplicó a los pocos meses de su llegada.

Donna tomó una bocanada de aire, quizás había subido muy rápido los tres pisos del instituto.

El director la invitó a sentarse y tomó entre sus manos, de uñas cortas y bien cuidadas, la carpeta que ella le proporcionó.

Hugo mantenía la oficina elegante: madera retocada en aceite de muebles, piso reluciente y almohadones mullidos, pero un desagradable olor ácido y cortante invadía el ambiente.

—¡De nuevo!, iese olor, es insoportable! —exclamó Donna dirigiéndose a la ventana, que abrió de par en par con grandes aspavientos.

—¿Llegó Giulia Febres? —preguntó Hugo mientras ojeaba el contenido de la carpeta.

—Sí —dijo Donna luego de haber asegurado la ventana—, fue una de las primeras.

—El aire frío del exterior llenó rápidamente la habitación, pero el olor ácido y pesado no se dispersó del todo—. ¿No le molesta el olor? ¿Sabe usted que los murciélagos pueden manchar el techo con sus excrementos?

—¿Qué tal le pareció? —preguntó Hugo mirando al techo.

A Donna le preocupaba la cubierta de la oficina, de un acabado de yeso blan-co con molduras dobles en las esquinas, pues como en todos los tejados sin losa, el espacio entre las tejas externas del techo del edificio y el yeso interior era lo suficientemente amplio para varios nidos de murciélagos.

—Me pareció que tuvimos un buen inicio. Tenemos cinco alumnos más que el año pasado, además dos estudiantes vienen de Alemania y uno de Noruega.

—Me refiero a la chica Febres —Hugo devolvió la carpeta.

— ¡Ah! ¿Febres? Bien, me pareció muy bien. No habla mucho. Hugo, el olor ya está bajando por las escaleras, necesitamos deshacernos de esa peste de murcié-lagos, quién sabe, quizás también haya ratones.

—Donna, ¿otra vez con los murciélagos? La alcaldía debería encargarse — contestó Hugo.

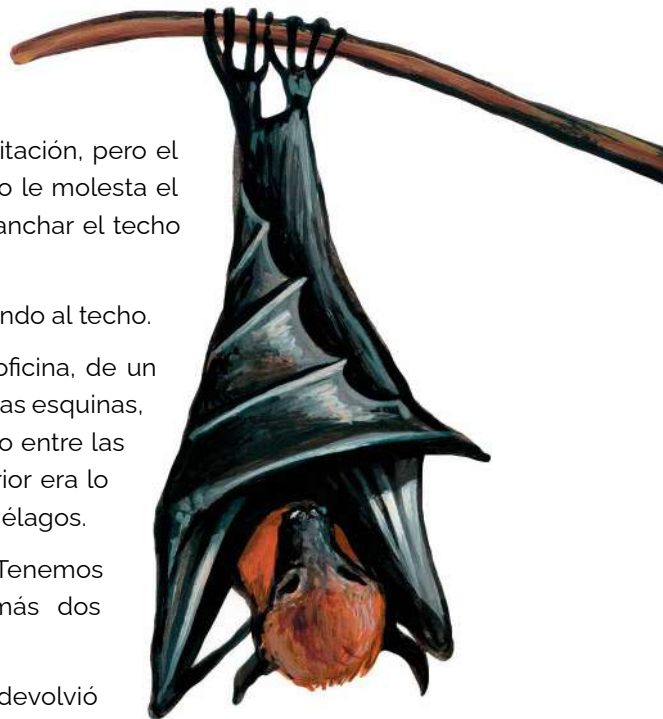
—Está bien—dijo Donna recuperando la carpeta—. Veré qué puedo hacer. Pero, lo que necesitamos es contratar a un fumigador.

—Si la alcaldía no lo hace, intenta con los bomberos —contestó Hugo.

— ¿Los bomberos?

—Ayer me pediste dinero para la contribución de los bomberos y ellos tienen escaleras ¿No es así? ¿O sólo sirven para estar sentados todo el día? —una línea se marcó en el entrecejo de Hugo.

—Si, ya pagamos la contribución de cada año. Es la ley para el permiso de funcionamiento. Pero...



Hugo entrecerró sus manos.

— Veré que puedo hacer —contestó Donna, poco convencida.

—¿Dónde está Vincenzo? —preguntó Hugo. Necesito hacer un envío urgente.

—Debe estar abajo —contestó Donna—. Se mete en las aulas para hacer la limpieza y no escucha cuando lo llaman. Yo ya le he dicho que, como conserje, tiene que estar más atento a lo que usted necesita, y que pase por aquí en las mañanas; no quiero decir que sea mal empleado solo que está un poco sordo y a veces pierde tiempo en labores que...

—Entrégale este sobre —la interrumpió Hugo alzando la mano—. Y la chica Febres. La quiero entrevistar mañana. A las diez.

—¿La estudiante? —Donna no entendía por qué Hugo preguntaba por la chica Febres. Hugo acostumbraba a rodar varios proyectos y negocios y, aunque a veces le resentía, una parte de ella ya se había acostumbrado a que no le informara de sus asuntos.

Hugo no le contestó.

—Bueno, bueno. Está bien. Yo le aviso a Giulia Febres que esté en su oficina mañana a las diez en punto. ¿O a las nueve y cincuenta mejor? ¿Le indico algo más a Vincenzo? ¿Necesita usted algo más?

—Solo dele el sobre. La chica a las diez. Que no toque antes la puerta.

Donna salió en busca de Vincenzo Gatti, el conserje. Era el encargado de la limpieza en general por lo que tenía las llaves del instituto y la mala costumbre de tener todo cerrado, lo que la irritaba tremendamente. Lo encontró como siempre, con la ropa un poco grande y las llaves a la cadera cerrando los salones, y le entregó el sobre con los encargos de Muscatello.



3 Salermo tenía la costumbre de revisar su atuendo en el espejo del recibidor del tercer piso antes de entrar a la oficina de Hugo. Estaba orgulloso de su porte, adecuado para un policía romano. Se ajustó el cinturón del uniforme de los carabineros que usaba ceñido al cuerpo, y dejó al descubierto una gruesa cadena de plata en la mano derecha.

Entró a la oficina de Hugo Muscatello con desparpajo, se quitó la gorra y la colocó sobre el escritorio. Observó a Hugo de reojo quien, desde su posición en la silla de cuero, levantó la vista del papel que tenía entre manos. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás y las patillas irritadas, seguramente por la insistencia en cortarlas al ras. Vestía un chaleco beige y pese a que no hacía frío, conservaba puesta la chaqueta en tela de lana azul.

Salermo abrió la bolsa de papel que traía consigo. El papel crujió ruidosamente al abrir su contenido: un par de croissants de mantequilla.

—¿Un croissant? —preguntó Salermo, ofreciendo uno de los panes.

Hugo negó con la cabeza y él aprovechó para engullir el primero de los croissants. Las migas cayeron en el piso.

—¿De quién es? —preguntó Salermo señalando el papel que Hugo tenía en la mano. Era un carboncillo del rostro de una chica.

—Es la hija de Febres, quien ingresó al instituto —contestó Hugo, dejando el carboncillo sobre el escritorio— Creo que este dibujo lo hizo el viejo Febres, tiene su estilo.

—Es bonita —Salermo viró con dificultad su cuello. Tenía las manos con grasa así que no se atrevió a tomar el papel—. ¿Quién es Febres?

—Es el pintor de Apalagos, vendí una de sus obras: "El jilguero en el túnel". Te comenté sobre él. ¿No lo recuerdas?



—Si, creo que sí. —Salermo no recordaba para nada a ese tal Febres.

—Febres murió en un accidente en las minas. Sus obras están muy cotizadas, quizás podamos conseguir alguna de ellas. La cité a la hija a las diez —contestó Hu-go— debes de marcharte antes.

Salermo se apresuró en cerrar la bolsa con el croissant restante.

—Que duro que eres con tu amigo. Yo, en cambio tengo algo para ti — dijo el policía. Sacó del bolsillo del pantalón una cartera de terciopelo oscuro con sellos bordados en sus esquinas y cosido con hilo de plata. Lo colocó sobre el escritorio. —Una obra de arte para el director del instituto— dijo con orgullo e hizo un movimiento con la mano invitando a Hugo a hurgar en su contenido.

Hugo tomó la tela y desenvolvió un arma con lomo de acero y cuerpo color negro azabache. Era inusualmente pequeña. La empuñó con tres dedos.

—Beretta de 9 mm, pico corto —dijo Hugo.

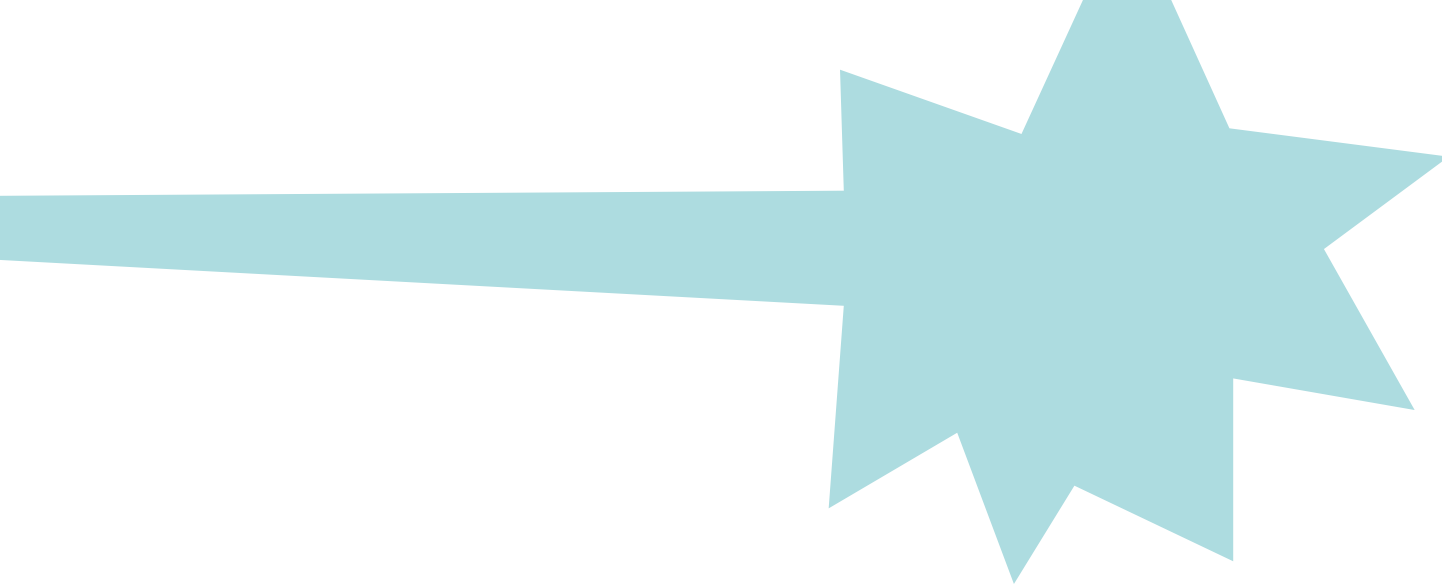
—No es cualquier Beretta. Es una edición especial. Mira el sello. Sólo hay doscientas de este modelo.

Hugo revisó el sello en el lomo: la calavera de una oveja con dos cuernos largos e iguales. Era un modelo armónico: negro con plateado, con el martillo oculto. Retiró el cargador y le dio vueltas entre las manos.

—No está grabado el calibre —dijo Hugo.

—Si, hmm —Salermo movió el hombro—. Es original. Ya lo revisé.

Hugo verificó que la recámara se encontrara vacía y la cerró nuevamente. Re-pitió el procedimiento con una mano.



—¿Me trajiste un arma de mujer?

—Una preciosidad —respondió Salerno— es un arma de la aristocracia. Hay una diferencia.

—¿Y el otro cargador?

—¡Aah! —dijo Salerno— Aquí está —metió la mano en el bolsillo—. Toma el otro cargador. —Lo depositó despacio sobre la mesa.

Muscatello guardó la pistola dentro del escritorio. El cargador no lo guardó en el escritorio sino en la arquilla a sus espaldas sobre la que se exhibían sus trofeos de tiro.

Hugo no dijo nada más, pero Salerno conocía lo suficiente a Muscatello como para reconocer que le había gustado sobremanera la adquisición. Satisfecho, se colocó la gorra y salió de la oficina. Bajaba distraídamente las escaleras cuando re-conoció a la chica del retrato, que en ese momento subía al tercer piso. La escalera era angosta, así que Salerno se detuvo abriéndose a un lado para dejarla pasar. La chica vestía unas mallas que dibujaban unas pantorrillas ligeramente mas gruesas de lo usual, el suéter de lana que la cubría casi hasta las rodillas. Repasó sus facciones con avidez: El pelo lacio de un cobre brillante la cubría por debajo de los hombros, se tropezó en el escalón y se le enrojecieron las mejillas. Una marca bajo su ojo izquierdo. Cuando Giulia Febres desapareció de su vista, sintió la enorme necesidad de fumar un cigarrillo y bajó las escaleras, dejando escapar un sonoro suspiro.

# 4

Giulia, inquieta con la actitud del policía en las escaleras, apresuró el paso. Eran las diez en punto cuando tocó la puerta de la oficina del director. Fueron dos golpes, luego silencio.

—Adelante —Escuchó con claridad.

Un olor desagradable, como amoniaco rancio la golpeó al entrar. Era una oficina de gran tamaño: tras el escritorio una arquilla con trofeos y bajo la ventana, antes de entrar a la salita que era parte de la oficina, un gran bonsái.

Hugo Muscatello era una portada de revista, estaba sentado detrás del escritorio, con el cuerpo hacia delante y los brazos cruzados sobre la mesa. A través del traje, parecía distinguirse una musculatura magra y fuerte. Tenía la boca bien formada, el pelo negro, peinado hacia atrás. Sus ojos eran dos obsidianas impenetrables enmarcadas en unas cejas finas y bien formadas. Su aspecto era pulcro y cuidado, y sus rasgos alargados y rotundos era muy diferentes a la contextura gruesa y redondeada de los hombres de Apalagos.

—Soy Giulia Febres —su voz remarcó el acento de las islas del este, le ocurría siempre que estaba nerviosa.

Hugo la invitó a sentarse.

—¿Eres italiana?

—Soy de la Isla Apalagos —dijo Giulia y esperó la reacción: Decir Apalagos era decir mucho. A pesar de ser una pequeña isla, Apalagos tenía veinticuatro partidos políticos que luchaban por independizarse de Italia, actitud que poco se comprendía e incluso resentía a la comunidad italiana. Suspiró. Ni bien empezaba la entrevista y ya estaba metida en problemas.

—Así que eres de la colonia —dijo Hugo.



—Así es, señor Muscatello —dijo Giulia.

—Lámame Hugo —contestó. Los labios se tensaron en las comisuras, formando una media sonrisa.

Giulia se mordió el labio, hubiera preferido no empezar la entrevista hablando de la isla.

—Esperaba a un director de mayor edad —soltó Giulia.

—¿Te molesta mi edad?

—No —contestó Giulia sonrojándose a su pesar—. No había querido decirlo en voz alta. Sólo me sorprendió.

—Soy mayor de lo que aparento —sonrió complacido.

Unos pasos de roedor se escucharon en el techo. Luego, un chillido agudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Giulia mirando hacia arriba.

—¿Tienes miedo a los murciélagos? —preguntó Hugo.

Giulia miró al techo y luego cruzó las manos sobre sus rodillas, incómoda. El olor amoniacal del cuarto le estaba provocando náuseas.

—¿Cómo se llama la academia de arte de Apalagos?

—No existen academias. La isla se dedica a la extracción de cobalto —contestó Giulia.

—Dicen que también hay diamantes.

—Sí, eso dicen. Pero nunca he visto que extraigan uno.

—Así que conoces los túneles —afirmó Hugo.

Giulia se sobresaltó. Las minas eran una realidad de la isla, el único sustento económico, pero Giulia no resistía estar en los túneles subterráneos. Había estado allí seis meses: Bajaba quince metros de profundidad, las paredes eran estrechas y parecían poder colapsar en cualquier momento. No había luz y el oxígeno era es-caso. Debajo de las minas, las pequeñas explosiones dejaban un regusto a pólvora que irritaba la nariz y la garganta. Muchas veces vio a su padre retornar de las mi-nas, pálido y cansado. Pero nunca imaginó lo que eran las horas de trabajo bajo la tierra, tampoco imaginó que su padre perdería la vida en ellas.

—Todos en Apalagos hemos estado en las minas.

Giulia alzó la vista sobre su cabeza —Si suenan como murciélagos— dijo.

—Supongo que sí —Hugo alzó una ceja—. Tenemos a una minera que quiere pintar. El autorretrato que enviaste en la solicitud ¿lo hiciste tú? —Hugo subió el tono de voz con la pregunta.

—Si, claro que lo hice yo —contestó Giulia.

Hugo pareció pensarlo.

—¿Dónde aprendiste entonces?

—Mi padre fue mi maestro. Me enseñó a dibujar y a pintar.

— ¿Tu padre? ¿Es decir que no has asistido a la academia? ¿Y dónde aprendió tu "maestro"?

—No lo sé —contestó Giulia. Ni podrá preguntárselo, pensó. Inconscientemente llevó la mano debajo del ojo y tocó su cicatriz con suavidad.

Hugo siguió el movimiento.

—Me gustaría conocer la técnica de tu maestro ¿Tienes alguna de sus obras?

—No, su taller se perdió. El tenía muchas obras, pero hubo un gran incendio y se

perdieron todas. —Giulia se miró las manos y se acomodó en la silla —Hubo un derrumbe en los túneles, murieron personas, luego en medio de las protestas se incendió el distrito de la ciudad.

—¿Se quemó todo?

—Se perdió todo —contestó Giulia bajando la mirada.

Hugo golpeó el escritorio con los nudillos. Giulia subió la mirada.

A Giulia le pareció que al director le había molestado la mención de su padre. Tenía el ceño fruncido y parecía mal humorado.

Giulia se enderezó en la silla, se acomodó el pelo y lo apretó tras la oreja.

Hugo siguió el movimiento.

—¿Tu madre?

—Luego de que mi padre muriera, ella se casó nuevamente — contestó Giulia. Se sintió vulnerable con tanta intimidad, no le apetecía contestar preguntas perso-nales.

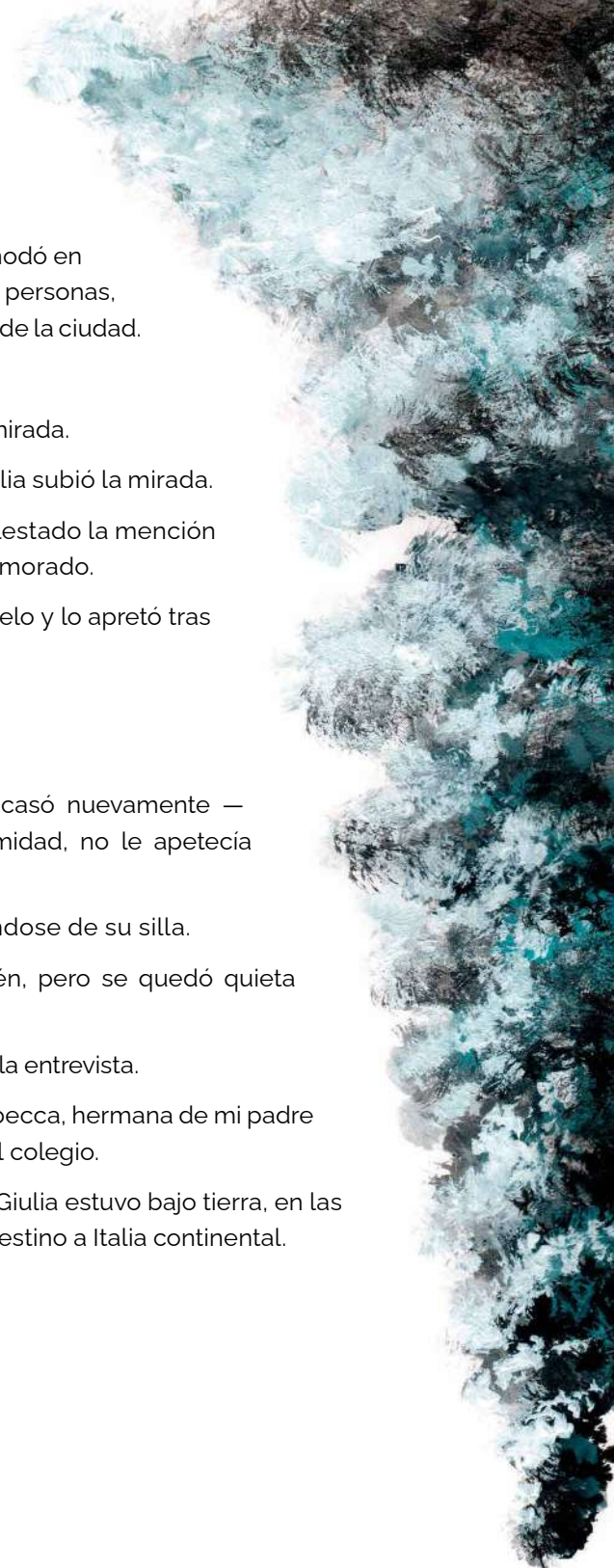
—¿Vivías con ella? —preguntó Hugo, levantándose de su silla.

Giulia sintió el impulso de levantarse también, pero se quedó quieta en la silla.

Apalagos y sus padres; no iba por buen camino la entrevista.

—No, en Apalagos vivía en la casa de mi tía Rebecca, hermana de mi padre —contestó Giulia desviando la mirada— allí terminé el colegio.

Rebecca la había mandado al campo minero. Giulia estuvo bajo tierra, en las minas, hasta el día que se embarcó en el barco con destino a Italia continental.





—¿Tu tía también pinta? —preguntó Hugo— Aquí han llegado familias enteras, más entusiastas que hábiles.

—No. Ella no es de las personas que pintan —contestó Giulia.

Los murciélagos del techo emitieron unos gritos agudos, Giulia pensó que se estaban comiendo entre ellos.

Hugo tomó el papel con el autorretrato de Giulia. Un destello brilló en sus ojos negros.

—¿Por qué no la dibujaste? —preguntó Hugo llevando la mano a la mejilla izquierda de Giulia y retirando el maquillaje.

La cicatriz parecía una gota. Era rosada y caía como una lágrima. Los dedos blancos de Hugo rozaron la piel abultada.

Giulia sintió la mejilla caliente, pero no se movió. Tenía otra marca, sobre el párpado superior, pero Hugo no la tocó.

—No me gustan las marcas —contestó Giulia—. Mis pinturas no tienen marcas —dijo con una furia inusitada.

Los labios finos de Hugo se tensaron en las comisuras. Giulia no pudo determinar si se burlaba.

—Dime: ¿Por qué viniste a este instituto? —preguntó Hugo, bajando al fin la mano.

—Me interesa el programa de la galería de Milán —dijo Giulia.

Muscatello regresó a su asiento.

—¿Conoces la Galería de Milán? —preguntó, relajándose en la silla.

—He estado en la galería —contestó Giulia.

— Es un programa de tiempo completo, para pintores dedicados. No es para tu perfil, Giulia.

Giulia sintió la puñalada de la decepción. Ella era dedicada. No entendía la actitud del director frente a su interés en el programa.

—La exposición en galerías no es para todos —continuó Hugo—. Nosotros tenemos un programa de preparación, pero muy pocos entran. Me gustaría que no te desanimas y que mantengas tus opciones abiertas.

—Entiendo, señor director —se escuchó contestando.

—Hugo, dime Hugo —e hizo un movimiento de despedida.

Giulia bajó los escalones. Aliviada de haber terminado la entrevista y de salir de la oficina. No pudo evitar pensar que Hugo Muscatello parecía muy joven para ser un director y que lucía bien en ese traje oscuro a tres piezas; se llevó la mano a la cara recordando el contacto con su cicatriz y pronto olvidó el olor desagradable del tercer piso y la inquietud que había percibido en la entrevista.



Entrevista



## Cuestionario **PROUST-PIVOT**

Responde **Liliana Miraglia**

El novelista francés Marcel Proust (1871-1922), autor de la monumental saga *En busca del tiempo perdido*, respondió con apenas trece años a un juego de preguntas y respuestas titulado "Confesiones. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc.". Las interrogantes estaban hechas en inglés, pero el escritor respondió en francés.

El cuestionario, como parte de un popular juego de salón, le fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, hija del presidente de Francia, Félix Faure. Años después, entre 1891 y 1892, un veinteañero Proust respondió en francés a un juego titulado "Las confidencias de salón". Esta segunda versión traducida algunas preguntas de la versión inglesa e incorporaba otras. El manuscrito original, que se llegó a conocer como "Proust por sí mismo", fue subastado en 2003.

Las preguntas proustianas siempre fueron recordadas como la versión victoriana de los *tests* de personalidad actuales, y fueron usadas por el conductor televisivo Bernard Pivot entre 1975 y 1990, en su programa *Apostrophes*, por el cual pasaron Miterrand, Polanski, Bordieu, Eco, Yourcenar, Nabokov, Kundera, y otros tantos. En 1993 la revista *Vanity Fair* lo usó con mucho éxito, llegando inclusive a publicar una antología con las respuestas de las celebridades escogidas.

Una variación del cuestionario de Pivot ha sido reciclado por James Lipton desde 1994 en su programa de entrevistas *Inside the Actors Studio*, aunque eliminó las preguntas 40 y 41 por considerarlas inapropiadas para la sociedad norteamericana.

Pixelettras ha retomado el cuestionario Proust y a partir de la pregunta 31 inserta las utilizadas por Pivot y Lipton.

**1. ¿Principal rasgo de su carácter?**

La paciencia.

**2. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?**

Las mismas que en una mujer.

**3. ¿Y en una mujer?**

Sinceridad y sentido del humor.

**4. ¿Qué espera de sus amigos?**

Que sean flexibles y comprensivos.

**5. ¿Su principal defecto?**

Mi falta de concentración, decir carie dental en lugar de caries dental.

**6. ¿Su ocupación favorita?**

La organización de cosas grandes o pequeñas.

**7. ¿Su ideal de felicidad?**

No insistir en un ideal de felicidad.

**8. ¿Cuál sería su mayor desgracia?**

Creerme perfecta.

**9. ¿Qué le gustaría ser?**

Medalla de oro en las olimpiadas.

**10. ¿En qué país desearía vivir?**

En Finlandia cuando el día dura menos de tres horas.

**11. ¿Su color favorito?**

El verde oliva.

**12. La flor que más le gusta?**

La flor de las bugavillas.

**13. ¿El pájaro que prefiere?**

El carpintero de Guayaquil.

**14. ¿Sus autores favoritos en prosa?**

Thomas Bernhard en Trastorno y El imitador de voces. Saki (Hector Hugh Munro) en casi todos sus cuentos, pero especialmente "El Contador de historias" y "La ventana abierta". Kjell Askildsen, en No soy así, palabras exactas, relatos breves.

**15. ¿Sus poetas?**

Juan Gelman, Sylvia Plath, Pessoa y sus heterónimos.

**16. ¿Un héroe de ficción?**

El Barón Cosimo en El Barón rampante de Ítalo Calvino.

**17. ¿Una heroína?**

Úrsula Iguarán, una mujer que resuelve en las situaciones más insólitas.

**18. ¿Su compositor favorito?**

Gustav Mahler, más cercano, menos ajeno.

**19. ¿Su pintor preferido?**

No precisamente por preferidos, pero me vienen a la memoria: Claude Monet, por su obra y por sus actuaciones curiosas. Caravaggio con La virgen de Loreto.

**20. ¿Su héroe de la vida real?**

Sabrina Panchana, que alimenta adultos mayores en un barrio marginal de Guayaquil.

**21. ¿Su nombre favorito?**

El mío, Liliana.

**22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?**

Las videollamadas sin avisar.

**23. ¿Qué es lo que más detesta?**

La hipocresía.

**24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?**

Hitler, sin duda.

**25. ¿Un hecho de armas que admire?**

Ninguno.

**26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?**

Habilidad para la oratoria.

**27. ¿Cómo le gustaría morir?**

Tranquila.

**28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?**

Tratar de cumplir mi lista de tareas.

**29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?**

El fanatismo y el desorden.

**30. ¿Tiene un lema?**

"Para saber lo que eso significa, no busquemos lo que eso significa". Lacan.

**31. ¿Cuál es su palabra favorita?**

Es una mala palabra, no la puedo decir.

**32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?**

"Aperturar" y "dificultar" usadas como verbo.

**33. ¿Qué es lo que más le causa placer?**

Tomar café en compañía.

**34. ¿Qué es lo que más le desagrada?**

La gente que ignora que hay un otro.

**35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?**

Me gusta el silencio.

**36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?**

El ruido de las máquinas para fumigar en los parques.

**37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?**

Demasiadas.

**38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?**

Marshaller, señalador de aviones en la pista.

**39. ¿Qué profesión nunca ejercería?**

Vigilante de tránsito.

**40. ¿Su droga favorita?**

La Coca Cola si mi censura me permitiera tomarla.

**41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?**

Un cormorán de ojos color turquesa y alas cortas.

**42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?**

Bonjour, ça va?







Rookies

# Peces de colores

Malú Montenegro

*Por ver volar los peces de colores, hicimos agujeros en el agua, preocupados en los alrededores, siempre en la dimensión equivocada.*

Joaquín Sabina

Amaia es una chica que tiene sueños recurrentes con un hombre, pero lo único que puede recordar son las palabras "peces de colores".

A las 03:00 AM siempre es nuestro encuentro.

Estoy frente a una tienda de mascotas. La única luz encendida es la de una pecera en las calles más concurridas del centro de Guayaquil. El silencio envuelve la ciudad, que solo en sueños podría sentirse tan diferente.

Una figura alta se acerca y me mira. Yo creía que me miraba por primera vez. Pero luego, cuando dio la vuelta detrás de mí, mirando fijamente la misma pecera, yo lo seguí con la mirada. Siempre se iba a mis espaldas. ¿Cómo sabía yo que siempre hacía eso? No tengo idea. Pero todo lo que está ocurriendo se siente familiar.

Siento su mirada resbalando sobre mi piel, y en ese momento comprendí que era yo quien lo miraba por primera vez. Siempre en el mismo sueño, a la misma hora. Siempre mirando la misma pecera.

Enciendo un cigarrillo y trago el humo con fuerza antes de girar mi cuerpo hacia él. Ahora estamos los dos,





agachados frente a la pecera. Durante breves minutos, solo nos miramos. Yo, con nostalgia, porque sé que hemos estado viéndonos así durante años: en el mismo lugar, en la misma calle, en el mismo sueño.

La vida es triste, la vida real es cansada, pero aquí, acucillados los dos, yo con un cigarrillo y él con una sonrisa, tenemos todo un sueño para dejar ir nuestra imaginación. Nuestra felicidad dura lo que dura un cigarrillo encendido.

Fue entonces cuando recordé lo de siempre. Le dije: "Peces de colores". Él respondió, sin apartar la mirada de su pez naranja favorito: "Eso. Ya no lo olvidaremos nunca".

Suspiró, como si esas palabras fueran un eco distante: "Peces de colores". Lo había escrito en todas partes, pero cuando despertaba, nunca lograba recordar... te.

Temo que alguien sueñe también en esta misma calle y revuelva mis pensamientos. Sonreí irónicamente ante lo que decía. A veces, era muy egocéntrico, pero su ironía extraña me hacía feliz. "¿No sientes el frío?", me preguntó. "A veces", respondí. "Debes sentirlo ahora", dijo. Y entonces entendí por qué nunca pude estar sola en este sueño. Era el frío lo que me daba la certeza de nuestra soledad, un frío que sólo podía existir en un sueño.

"Me habría gustado oírte", dijo. Yo también, respondí. "Si alguna vez nos encontramos, pon el oído en mi pecho, cuando me duerma sobre el lado izquierdo. Oirás mis sentimientos resonar. Siempre he deseado que lo hagas".

Escuché su respiración profunda mientras hablábamos. Y me confesó que durante años no había hecho nada distinto que eso: buscarme en la realidad. En las calles calurosas, donde sentía que yo podría estar, iba repitiendo en voz alta la frase, como si fuera una forma de decirle a la única persona que podría entenderla. "Yo soy la que llega a tus sueños todas las noches y te dice: Peces de colores".

Haciendo equilibrio sobre sus piernas para no caerse, me miró fijamente con una sonrisa. "Trato de acordarme todos los días de las palabras con las que debo encontrarte", dijo con seguridad. "creo que mañana no lo olvidaré". "Sin embargo, siempre olvido al despertar las palabras con las que puedo encontrarte".

Enojada por la despreocupación del asunto, bostecé y lo miré fijamente. "Tú mismo las inventaste desde el primer día", le dije. "Las inventé porque en tus ojos veo el reflejo de

los peces de colores, esperando que nos encontremos esta vez en la dimensión correcta.", dijo mirando fijamente al que al parecer era su pez favorito.

Sentí mi cara muy caliente. Giré rápidamente para ver mi reflejo en la pecera. El silencio reinó en nuestro rincón.

Respiró hondo y dijo: "Si por lo menos pudiera recordar ahora en qué ciudad lo he estado escribiendo..."

"Me gustaría tocarte ahora", dije. Él levantó el rostro que había estado mirando. Sus ojos ardían, como si quemaran tanto como sus manos temblorosas. Sentí que me veía, aquí, en este rincón abandonado de la ciudad. Mientras equilibraba mi cuerpo sobre mis piernas, me sentí casi como una figura suspendida, entre el sueño y la realidad. -"Nunca me habías dicho eso", dijo. -"Ahora lo digo, y es verdad", respondí. Había olvidado que estaba fumando, mientras el calor del humo me rozaba los dedos.

- "No sé por qué no puedo recordar dónde lo he escrito", dijo. - "Porque eso también lo he soñado alguna vez", respondí, triste. "En alguna ciudad del mundo, en todas las paredes, esas palabras deben estar escritas: Peces de colores."

"Si mañana las recordara, iría a buscarte."

Acercó su rostro suavemente al mío. Probablemente ninguno de los dos recordaría este encuentro, pero ambos sabíamos que nuestros labios se habían encontrado antes, en algún lugar, muchas veces. Era un agujero en el paraíso. La vida real era dura, pero en nuestros encuentros, en sus labios, en los míos, encontrábamos la manera de respirar, aún en esta dimensión desconocida.

Nos veíamos desde hacía años. A veces, cuando ya estábamos juntos, una pequeña gota de agua caía con la brisa y despertábamos. Poco a poco, habíamos comprendido que nuestro romance estaba sujeto a las cosas más simples: al agua, a los peces de colores, a los pequeños gestos. Nuestros encuentros siempre terminaban así: con el caer de una gota de agua, en la madrugada.

# Tiahuanaco

Mónica Quimis Barzola

A sabiendas de que la siguiente asignación tenía algo que ver con elegir un cuadro de la Avanzada ancestralista, ella entró a la exposición con la misión de charlar con cada obra. Ese, en realidad, solía ser su proceso normal al admirar el trabajo de otro artista, pero ahora el carácter casual de este acto pasaba a ser uno de serio análisis: lo que fuera que debía redactar se haría solo si lograba conectar de alguna manera. Por lo tanto, si bien cada obra era admirable y estaba cargada de significado y de un enriquecedor contexto, siguió de largo hasta que algo la detuvo.

Frente a ella, el cuadro se desplegaba en todo su esplendor. El color parecía escaparse del lienzo para acaparar las paredes a su alrededor, como brazos que abarcan lo que les pertenece, indicando que todas esas eran obras de Enrique Tábara.

—Rojo —fue lo primero que pensó al detener su mirada en aquel cuadro.

—¿Rojo? —se preguntó enseguida, porque si alguien experto en teoría del color lo viera, quizás diría que, como tal, rojo no era, sino una variante del matiz granate profundo y algo más. Pero abandonó esos tecnicismos a favor de seguir su línea de pensamiento inicial. Ese color ni siquiera era su favorito. ¿Por qué entonces era esa obra la que acaparaba totalmente su atención? ¿Por qué rojo?

Entonces algo hizo clic en su cabeza. —¿Qué otro color, si no? —se respondió. Los colores primarios son tales porque son fundamentales, pero el rojo es el único que llevamos siempre con nosotros. Es un color humano en sí mismo: está en la sangre, cada vez que corremos, nos lastimamos o nos sonrojamos. Está en el dolor, en la enfermedad, pero también en la pasión y la felicidad. Está en la tierra, en su abundancia o infertilidad. Está en la arcilla con la que nuestros ancestros hacían las vasijas de barro, esculturas y otros vestigios que actualmente podemos admirar. El rojo, y sus matices, es ancestralista porque ha acompañado a la humanidad desde antes de que pudiera ponerse un nombre a sí misma.

Sin embargo, pensó que quizá esa era una conclusión apresurada. Volvió a fijarse a su alrededor y leyó las características. El cuadro medía, en realidad, 162 cm de alto y 130 cm de ancho. Eso la sorprendió un poco, pues ella apenas alcanzaba los 155 cm si recordaba corregir su postura, por lo que con frecuencia se veía empujada frente a las cosas más grandes. Pero no experimentó ese sentimiento ante la obra, no sintió la atemorizante imposición ni la arrogante superioridad de algo que se alzaba y la superaba en tamaño. Ni siquiera por el color fuerte que dominaba la composición. Por el contrario, se sintió acogida por el ambiente. Estableció un diálogo sincero y cálido con lo que se desplegaba frente a ella, y eso se transformó en un sentimiento de amparo. El cuadro, con su tamaño, no le decía que se apartara, sino que la invitaba a adentrarse en su historia. Y así lo hizo.

Lo preocupante de este ameno diálogo establecido entre ella y la obra era que no tenía ni la mínima idea del porqué de su nombre y apenas estaba conociendo al autor. Era, pues, una conversación incompleta, pero no por mucho. Realizó su respectiva investigación y el resultado fue fascinante: Tiahuanaco —también llamada Tiwanaku— es el nombre de una ciudad ubicada en los Andes bolivianos. Su legado cultural es tremendamente importante por los avances astronómicos, arquitectónicos y comerciales. Es un símbolo de los pueblos originarios de mucho antes que los incas, increíblemente poderoso por la avanzada civilización que implica su existencia. Sin embargo, la duda persistía: ¿por qué Tiahuanaco? Todo apuntaba a que, con este nombre, Tábara no quería evocar el paisaje literal del asentamiento, sino su universo cultural, su cosmovisión.

Ella recordaba siempre esa frase que asegura que solo valoramos lo que tenemos cuando lo perdemos. Le parecía exagerada, pero la vida se empeñaba en demostrarle lo contrario. Enrique Tábara había vivido varios años en el exterior y, al pasar el tiempo lejos, volvió la vista atrás y encontró la necesidad de regresar a sus raíces para revalorizar lo precolombino. Algo similar vivieron otros artistas del ancestralismo, como Estuardo Maldonado, quien también



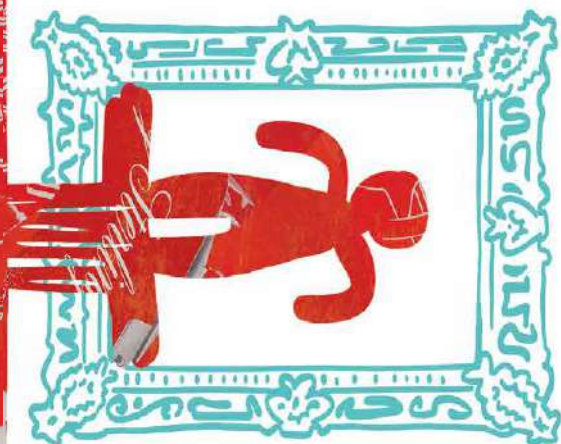
estuvo fuera y, estando lejos de su patria, pudo apreciar la riqueza de lo que había dejado en su propio continente y que no se podía comparar con ninguna otra cultura extranjera. Quizá sí era exagerada aquella frase, pues estos artistas no “perdieron” sus raíces antes de valorarlas; sin embargo, les hizo falta alejarse y ver desde afuera para encontrar un nuevo significado en aquellos símbolos, deidades y cosmovisiones ancestrales. Y entonces, tal vez no todo, pero muchas cosas tuvieron sentido y encajaron en su lugar para la observadora.

Incluso la ubicación de las obras cobraba un nuevo sentido. Así como estaban expuestas en el museo, no solo pretendían establecer un diálogo con quien estuviera dispuesto a aceptarlo, también conversaban entre sí. Todo esto amplió su visión, pues ya no veía solo aquella obra, sino también a sus vecinas. Frente a Tiahuanaco y su profundo

matiz rojo se encontraban algunas piezas del mismísimo Maldonado, y le pareció incluso enternecedor que las diversas circunstancias de la vida se hubieran alineado para que estos artistas coincidieran en tiempo, espacio e ideas, creando a su alrededor un movimiento artístico. Tal como estaban, las obras parecían contemplarse entre sí para ponerse de acuerdo en rescatar aquello que no todos querían valorar: lo ancestral. Puede ser que los artistas, como personas, no hubieran tenido una relación cercana, pero ahora sus obras se reunían para formar un frente único —innovador y antiguo a la vez— dentro del arte contemporáneo.

—Puede que no sea una conclusión apresurada después de todo —reflexionó.

La verdad era que no había manera de saber exactamente en qué pensaba el autor cuando volcó su tiempo, talento y pensamiento en sus obras. Pero, mediante la observación y la investigación, cada espectador podía sacar su propia conclusión. Lo que más resaltaba era el color: un rojo capaz de evocar mil cosas, porque estaba escrito en la historia de la humanidad y la acompañaría para siempre. Sin embargo, detrás de él había mucho más que descubrir: en medio de sus formas geométricas y del tejido que lo componía se dejaba entrever todo aquel enriquecedor contacto con lo ancestral.



Así fue como ella conectó con Tiahuanaco. Mediante sus propias ideas y las revelaciones de otros autores, enlazó un diálogo profundo y extenso con la obra. El color, el nombre, el tamaño e incluso el material podían remontarse a lo primitivo, pero no necesariamente a lo bárbaro, de los orígenes humanos en un continente en constante cambio. Un pedazo de tierra que había visto civilizaciones caer y surgir, la mezcla de etnias y un mestizaje que hacía a sus pueblos ser de todos lados y, a la vez, los obligaba a recordar que, antes de todo, eran de allí.

Todo el análisis le resultaba acogedor. Soltó un suspiro, miró alrededor una vez más y continuó su camino. Pero las ideas recorrían su cabeza a mil por hora mientras admiraba el resto de la exposición. Siempre había tenido la sensación de que, en la actualidad, con frecuencia se dejaban de lado las raíces. Obviamente disfrutaba de admirar culturas extranjeras, pues las cosmovisiones de las diferentes civilizaciones del mundo eran interesantes por igual. Asimismo, todo lo actual le resultaba fascinante, porque el ser humano nunca deja de crear y pensar en nuevas formas de expresarse. Sin embargo, le gustaba pensar en la idea de un faro, algo que hiciera que sus pensamientos volvieran siempre al lugar del que había salido, a toda esa cultura que la rodeaba, y en cómo darle un nuevo significado, un nuevo valor, para que el mundo la viera y no pudiera ignorarla. Y, de ese modo, así como ella, otras personas —nuevas generaciones— pudieran también conectar con ello.

Después de todo —pensó—, todos deberíamos ser parte de la Avanzada Ancestralista.







In Memoriam



# RÉQUIEM POR EL ESCRIBIDOR MARIO VARGAS LLOSA (1936-2025)

**E**l mundo de las letras perdió el 13 de abril de 2025 a Mario Vargas Llosa, quien falleció a los 89 años en su casa de Lima, Perú, rodeado de su familia. Con su partida se cierra definitivamente un capítulo dorado de la literatura universal y se extingue la generación más brillante que haya producido América Latina.

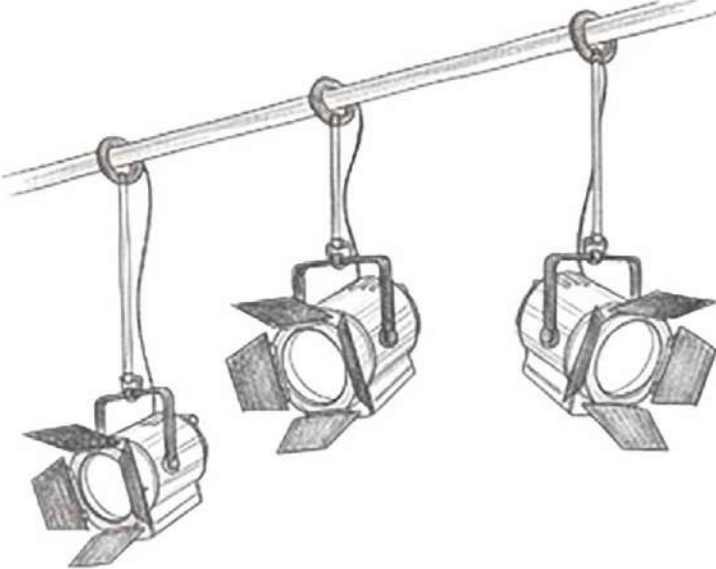
Nacido en Arequipa el 28 de marzo de 1936, Vargas Llosa demostró una disciplina absoluta hacia la escritura y una conciencia sin igual de su oficio, lo que lo convirtió quizás en el escritor más consumado entre sus contemporáneos. Su vida estuvo dedicada por completo a la literatura: escribió 20 novelas, 10 obras de teatro, 14 ensayos, cuentos, crónicas y artículos que lo consagraron como una de las voces más importantes del idioma español.

Entre sus obras destacan *La ciudad y los perros* (1963), *Conversación en La Catedral* (1969), *La fiesta del Chivo* (2000) y *Travesuras de la niña mala* (2006). *La guerra del fin del mundo* (1981) y *La casa verde* (1966) son ejemplos mayores: novelas amplias, ambiciosas y complejas, donde la historia, el mito, la violencia y la estructura narrativa se entrelazan magistralmente.

Aunque menos conocida que su narrativa, la producción teatral de Vargas Llosa fue prolífica y ambiciosa. Escribió diez obras de teatro que exploraban con la misma intensidad dramática que sus novelas los mecanismos del poder, la mentira y la hipocresía social. Entre ellas destacan *La señorita de Tacna* (1981), *Kathie y el hipopótamo* (1983), *La Chunga* (1986), *El loco de los balcones* (1993) y *Ojos bonitos, cuadros feos* (1996).

Su teatro, estrenado en escenarios de Madrid, Lima, Londres y otras capitales, recibió críticas mixtas. Algunos lo consideraban demasiado literario, poco escénico, con diálogos más apropiados para la página que para las tablas; sin embargo, Vargas Llosa





defendió siempre el teatro como un laboratorio de experimentación donde podía explorar la teatralidad inherente a la vida misma, tema recurrente en obras como *La tía Julia y el escribidor*. Incluso se atrevió él a actuar en una de sus obras, *Las noches de la peste*, junto a la actriz española Aitana Sánchez Gijón, con reseñas poco favorables.

Su relación con el cine fue aún más frustrante. En 1975, en un intento por controlar la adaptación de su propia obra, Vargas Llosa se embarcó en la aventura de dirigir la versión cinematográfica de *Pantaleón y las visitadoras*. El resultado fue un sonoro fracaso artístico y comercial que él mismo reconocería como uno de los mayores errores de su carrera. La película, rodada en Iquitos con un reparto peruano, careció del ritmo cinematográfico necesario y evidenció que el genio narrativo del escritor no se traducían automáticamente al lenguaje visual del cine. La crítica fue despiadada, y la experiencia lo alejó para siempre de la silla de director.

Años antes, en 1981, había escrito un guion cinematográfico para el cineasta brasileño Ruy Guerra basado en *La guerra del fin del mundo*, su monumental novela sobre el levantamiento de Canudos. El proyecto era ambicioso: una superproducción latinoamericana que llevaría a la pantalla el conflicto épico entre fanáticos religiosos y el ejército brasileño a finales del siglo XIX. Sin embargo, la falta de financiamiento, las dificultades logísticas y las diferencias creativas entre Vargas Llosa y Guerra hicieron que el proyecto nunca se concretara. El guion quedó archivado, y la frustración del escritor por no ver materializada su visión cinematográfica de una de sus obras más queridas fue evidente en diversas entrevistas posteriores.

Otras adaptaciones de sus novelas al cine, realizadas por diferentes directores, tampoco lograron la trascendencia de los originales literarios. Francisco Lombardi dirigió versiones de *La ciudad y los perros* (1985) y *Pantaleón y las visitadoras* (1999, una segunda adaptación), con resultados desiguales. El propio Vargas Llosa mantuvo una actitud ambivalente hacia estas adaptaciones, reconociendo que el cine era un arte autónomo, pero lamentando que ninguna hubiera capturado plenamente la complejidad de sus universos narrativos.

Su reconocimiento internacional incluyó el Premio Nobel de Literatura en 2010, además del Premio Miguel de Cervantes, el Rómulo Gallegos y el Ritz Paris Hemingway, entre muchos otros. Sus libros fueron traducidos a más de treinta idiomas, llevando la realidad latinoamericana a los rincones más remotos

del planeta, aunque su teatro y sus incursiones cinematográficas permanecieron en la sombra de su gigantesca obra novelística.

Vargas Llosa siempre dijo lo que pensaba, con poca consideración por lo que sus millones de lectores pudieran pensar. Lo hizo en sus artículos de opinión, conferencias, entrevistas y conversaciones privadas. Siempre fue cortés, pero no temía antagonizar con su audiencia.

Su evolución desde un socialismo juvenil hacia posiciones neoliberales radicales lo convirtió en una de las figuras más polémicas del panorama intelectual latinoamericano. Durante décadas, sus columnas semanales en *El País* desataron tormentas políticas por su defensa del libre mercado sin restricciones y su apoyo a gobiernos conservadores y de derecha en América Latina y España.

Apoyó abiertamente a líderes como Álvaro Uribe en Colombia, respaldó la candidatura de Alberto Fujimori antes de su posterior decepción con su autoritarismo, y mantuvo una postura crítica feroz contra

cualquier gobierno latinoamericano con tintes progresistas o de izquierda. Su caracterización de gobiernos como los de Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa y Daniel Ortega como "dictaduras" le ganó tanto admiradores como detractores apasionados.

Su apoyo explícito a la intervención militar estadounidense en Irak en 2003 provocó protestas en sus presentaciones literarias y el rechazo de amplios sectores de la intelectualidad latinoamericana. Defendió públicamente a José María Aznar durante los años más controvertidos de su gobierno en España, y mantuvo posiciones críticas contra el nacionalismo catalán que muchos consideraron inflexibles.

Durante la crisis económica de 2008 y los años posteriores, sus artículos defendiendo la austeridad y las políticas neoliberales generaron indignación entre sectores progresistas. Fue acusado reiteradamente de haberse convertido en portavoz de las élites económicas y de haber perdido la sensibilidad social que caracterizaba sus primeras novelas.

Su ruptura con antiguos compañeros del boom literario, particularmente con Gabriel García Márquez tras apoyar públicamente la invasión estadounidense de Panamá en 1989, marcó el fin de una amistad legendaria y simbolizó la división ideológica del continente.

En España, sus posiciones contra Podemos y su defensa de políticas económicas conservadoras lo convirtieron en blanco de críticas desde la izquierda, que lo acusaban

de haber olvidado sus orígenes y de defender privilegios de clase. Su rechazo al feminismo contemporáneo y sus declaraciones sobre movimientos sociales como el independentismo catalán o las protestas estudiantiles generaron polémicas constantes.

Fue quizás el último escritor de lengua castellana que llevó una carrera literaria ortodoxa en el sentido flaubertiano, riguroso y totalizante del término, y también el último que encarnó sin pudor la figura del escritor profesional que aspiraba a intervenir en el mundo desde la ficción y las ideas. Su incursión en la política peruana en 1990, cuando se presentó como candidato presidencial con un programa de shock neoliberal que proponía privatizaciones masivas, quedó documentada en su autobiografía *El pez en el agua* (1993). Su derrota ante Fujimori fue vista por muchos como el rechazo popular a sus propuestas económicas radicales.

Hasta sus últimos años, continuó generando controversia al apoyar a Jair Bolsonaro en Brasil y defender gobiernos conservadores latinoamericanos, manteniendo una postura intransigente que dividió a sus lectores entre quienes admiraban su coherencia ideológica y quienes lamentaban lo que consideraban una traición a los ideales de justicia social de su juventud.

Poco antes de morir, consciente de su deterioro físico, escribió con tremendo esfuerzo una carta a su nieto Leandro, quien también aspira a ser escritor: "El éxito es una casualidad,



lo que te espera es el sacrificio, incluso la frustración, pero si es lo que quieres, hazlo”.

Según el comunicado de sus hijos Álvaro, Gonzalo y Morgana, sus restos fueron incinerados cumpliendo con su última voluntad. La familia solicitó privacidad para despedirse en un entorno íntimo, evitando ceremonias públicas. El gobierno de Perú decretó duelo nacional, y España le otorgó póstumamente la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Como escribió él mismo sobre el Perú: “Me gustaría que la muerte me hallara escribiendo, como un accidente”. La muerte lo halló habiendo cumplido esa vocación absoluta por la literatura que definió cada día de su existencia.

Con Mario Vargas Llosa no solo se va un escritor excepcional: se cierra una Era Dorada de la literatura latinoamericana. Así como no habrá otra generación en España como la de Cervantes y Quevedo, en América no habrá otra como la de Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar, Borges y Fuentes.

La literatura en español ha perdido a su último arquitecto de la novela total, aunque su legado quedará inevitablemente marcado por las polémicas políticas que lo acompañaron hasta el final de sus días y por la eterna frustración de no haber conquistado plenamente los escenarios teatrales ni las pantallas cinematográficas como sí conquistó la página impresa.

Arequipa, octubre de 2025







# Miscelánea

# UN AQUELARRE MUSICAL INFINITO

David Barzallo

**B**orges decía que existen dos clases de escritores: Aquellos convencidos de su brevedad, cuyo impulso vital es la creatividad constante ante la certeza de que se va acercando el inevitable desenlace final, pienso por ejemplo en Bolaño o en Pizarnik o en Andrés Caicedo. Y aquellos artesanos de filigrana que sospechan el secreto del tiempo: que no existe. Esos anacoretas de la palabra que pueden tardar muchos años en decir algo, y cuando lo hacen es porque realmente vale la pena decirlo, como Juan Rulfo o Harper Lee.

Y luego existen dispositivos literarios como este. ¿Es una novela? ¿Es un manifiesto? ¿Es un experimento de la memoria?: es todo eso, y más. Es un libro cocinado a fuego lento, con cariño artesanal, pero al mismo tiempo ágil, poético, vanguardista, revelador, pródigo en referencias populares y también filosóficas y de alta literatura. Con toques de ensayo, con humor negro, con un registro que va de lo biográfico a lo absurdo, y, sobre todo, con la música como el vehículo de la memoria colectiva y personal.

Son canciones y cantores los que van desenvolviendo la trama de los personajes y

el contexto de sus hazañas y derrotas. En esa reconstrucción de las ruinas, mencionada en el epigrafe del inicio, la música juega un papel fundamental, pues no se reduce al mero entretenimiento ni al ruido de fondo. Es la savia que contiene la identidad de un pueblo, como en aquella escena, en Apariencia Intrascendente, donde los protagonistas Andrés, el chivo y Fabiola viajan en un transporte que no se sabe a ciencia cierta si es un bus o una pista de baile:

"Bailan ahora en un rincón con pasos cortos, florecen cuerpos, se abren y cierran las parejas en una melaza de contorsiones, los travestidos exhiben al danzar culebras o margaritas, afloran puñales en otra mesa, cruje el salón: es un bus bullente que circula por la ciudad sin control ni compromiso"

En ese aquelarre exuberante, la ciudad también aparece como protagonista. El narrador regresa a Guayaquil luego de un exilio voluntario, y el filtro de la nostalgia no es suficiente para reconstruir un espacio que existe ya solamente en los recuerdos. La gente cambia y también las ciudades. La gente olvida, y también las ciudades. La gente muere,

y también las ciudades. Por eso regresamos una y otra vez, por eso tarareamos la música de la infancia, por eso nos emocionamos cuando en el taxi suena JJ, porque la música, en esta historia y en la vida, es nuestro hilo de Ariadna para guiarnos a través del laberinto de nuestra propia existencia.

De ese modo, revuelto, pero no caótico, vamos conociendo a Andrés, a Rosalba, a sus hermanos, a los pintorescos vecinos, a los compañeros de infancia. Personajes llenos de vida y de contradicciones y de recuerdos, llevados con maestría a través de una prosa al mismo tiempo descarnada y elegante, que nos da cuenta de un autor maduro, capaz de evocar sin disminuir y de conmover sin agitar.



Finalmente, el libro revela, además, al excelente lector; al atento y lúcido profesor de literatura, cuya maleta guarda no solamente autores y citas, sino historias de la gente común que pueden elevarse a la experiencia universal del desarraigo, del amor y del paso del tiempo.

No me queda sino recomendar calurosamente esta lectura que estoy seguro encontrarán lúcida y provechosa en estos tiempos inciertos, donde la literatura por sí sola no salva, pero ayuda.

Cuenca, septiembre de 2024.



# Ficha de colaboradores

## Diego Zaldumbide

**(Guayaquil, 1987)**

Docente de Lengua y Literatura, relacionista público, director de audiovisuales y cantautor. Mención de honor, con *"Himnos y adioses"*, en el Concurso de Poesía Joven Ileana Espinel Cedeño, organizado por la Casa de la Cultura Núcleo del Guayas, en el 2012. Ha lanzado dos discos de estudio *Seres sin memoria (2014)* y *Ruidos blancos (2023)* con su banda Persé. Publicó su primer poemario, *La música que queda*, en 2019 (Mención de honor en el Concurso Nacional de Poesía Ismael Pérez Pazmiño, 2016).

## Mónica Denisse Quimis Barzola

**(Guayaquil, 2005)**

Educación desde la primaria hasta el bachillerato en la Unidad Educativa Fiscal Teniente Hugo Ortiz. Sexto semestre en la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL). En el 2024 participó la campaña "Sembrando Vidas" de la Dirección Zonal 5 del Ministerio del Ambiente para promover el cuidado de los manglares mediante la intervención artística con un cuadro. Ayudante de docencia en la materia Dibujo I durante el primer periodo académico ordinario 2025. Interés por la ilustración, la pintura y la lectura. Afinidad por cómics, series de streaming y películas de misterio, ciencia ficción, fantasía, aventura, literatura juvenil e historias distópicas.

## Malú Montenegro

**(Guayaquil, 1986)**

Como Licenciada en Diseño y Producción audiovisual la palabra imposible no está en su vocabulario. Altamente motivada y orientada a conseguir un mejor desempeño dentro de su carrera, se desenvuelve de manera proactiva y entusiasta en cada una de sus actividades. Es una amante de la ilustración, el diseño y la producción audiovisual. Dice estar preparada para aplicar todo lo que ha aprendido. En sus tiempos libres le gusta escribir y trabajar de manera independiente en proyectos audiovisuales y publicitarios.

## María Paula Vanegas

(Guayaquil, Ecuador, 1996)

Magíster en estudios interdisciplinarios de la subjetividad de la Universidad de Buenos Aires. Académica interdisciplinaria orientada por la filosofía contemporánea que enfoca su investigación en torno a lo queer y la dis/continuidad de la identidad yoica. Ha publicado artículos académicos que hacen dialogar a la filosofía, el psicoanálisis y las artes, con un enfoque especial en las letras escritas. Su narrativa busca interrogar la identidad ecuatoriana como un imposible para ser pensado desde sus experiencias vividas.

## Sylvia Poveda Benites

(Guayaquil, 1983)

Magíster en Escrituras Creativas con profundización en guion de largometraje. Periodista con más de 20 años de experiencia en medios de prensa, radio y televisión. Ha escrito para diarios El Universo, El Telégrafo, revistas Vistazo y América Economía Ecuador. Ha realizado documentales, textos de periodismo corporativo, y ha impartido talleres de periodismo comunitario. Actualmente es docente en la Facultad de Comunicación de la UEES donde guía a los estudiantes en la realización de podcast e investigaciones sobre comunicación. Su libro *"Buen Fuego"* (2013) ganó el Premio Único en el Concurso Nacional de Literatura Luis Félix López (edición XIV) de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas. Su poema *"Emigrante"* fue incluido en la Antología de Poesía y Narrativa Hispanoamericana Actual (Madrid, Lord Byron ediciones, 2010).

## Alicia Ribas Roca

(Guayaquil, 1973)

Estudió Tecnología de Alimentos y Administración de Empresas e hizo masterados en Turismo y Gerencia de Proyectos hasta encontrar la Escuela de Escritores de Madrid donde formó su escritura. Su primer libro, un cuento infantil titulado *"Lucía quiere ser un hada"* se publicó en el 2021. *"Crónicas del lector"*, un diario de lectura, fue impreso en el 2022. *"La forma de la luz"* es su primera novela. Actualmente vive en Guayaquil y se dedica a la escritura.

## Karen Vinueza Chávez

**(Guayaquil, 1981)**

Directora de arte, diseñadora gráfica y fotógrafa profesional con una extensa trayectoria en el ámbito de la creación visual y la docencia. Actualmente cursa un Doctorado de Artes Visuales y Educación en la Universidad de Granada (España), donde también completó un Máster de Artes Visuales y Educación con Matrícula de Honor (2022-2023). Posee doble titulación, Tecnología y Licenciatura en Diseño Gráfico y Publicitario de la Escuela Superior Politécnica del Litoral, además de estudios de Fotografía Profesional en la Escuela de Fotografía Motivarte, Argentina. Se desempeña como directora de arte y especialista visual en el uso híbrido de IA en proyectos publicitarios en agencias de diseño en España. Codirigió BROTEstudio, una agencia de creación audiovisual y diseño gráfico, en Argentina y Ecuador del 2010 al 2024. Cuenta con experiencia como docente en las áreas de fotografía, diseño gráfico y artes visuales. Ha participado en múltiples exposiciones colectivas de fotografía y pintura desde 2003 hasta 2016.

## David Barzallo

**(Azogues, 1988)**

Autor de *Árboles ajenos* (2023). Durante su juventud representó en diversos eventos estudiantiles y foros internacionales y ha publicado dos libros de poesía y cuento; también mantuvo una columna semanal de opinión antes de cumplir 25 años. Consultor social y de género, facilitador de procesos pedagógicos. Autodidacta con estudios superiores y de postgrado en Sociología, Antropología y CC. Políticas. Ha sido profesor e investigador de las Facultades de Economía y Derecho de la Universidad de Cuenca. Autor y consultor de diversos proyectos de participación ciudadana, gestión cultural, comunicación, juventud y género, durante los últimos 15 años.

## Liliana Miraglia

(Guayaquil, 1952)

Egresada de la carrera de Literatura de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Magister en Escritura Creativa por la Universidad de las Artes. Ha publicado dos libros de cuentos: *La vida que parece* (1989) y *Un close up prolongado* (1996). Otros cuentos de su autoría han sido publicados en antologías de cuento ecuatoriano y latinoamericano, además de revistas y periódicos nacionales e internacionales. Ya no es fotógrafa, aunque esa profesión insiste en seguir manifestándose en sus textos. Pertenece a la generación de escritoras guayaquileñas que publicaron por primera vez a finales del siglo pasado. No ha ganado premios. Siente curiosidad respecto de su propia escritura.

## Abdón Ubidia

(Quito, 1944)

Narrador, ensayista, antólogo, investigador y crítico. Premio Nacional Eugenio Espejo, 2012. En la década de los sesenta del siglo pasado fue parte del grupo literario Los Tzántzicos; posteriormente fue miembro del consejo editorial de la revista La Bufanda del Sol y en los ochenta dirigió la revista cultural Palabra Suelta. Sus primeros cuentos aparecieron entre 1965 y 1968 en la revista Pucuna. En 1979 publicó el libro de cuentos *Bajo el mismo extraño cielo*, que lo hizo acreedor al Premio Nacional de Literatura José Mejía Lequerica; el mismo que volvió a ganar en 1986 con su novela *Sueño de lobos*. También publicó: *Ciudad de invierno* (1979); *Sueño de lobos* (1986), y *La Madriguera* (2004), que le valió el Premio Joaquín Gallegos Lara a la mejor novela del año. En el relato corto cultivó los géneros de la ciencia ficción y fantasía, en particular con su serie "Divertinventos", que incluyó cuatro colecciones de cuentos: *Divertinventos* (1989), *El palacio de los espejos* (1996), *La escala humana* (2008) y *Tiempo* (2015). Dentro de su labor ensayística, se encuentran su libro Referentes (2000), agudo análisis sobre las prácticas del saber y la cultura en el escenario del capitalismo tardío. Su más reciente libro es *Proyecto Dios: Relato sobre la inteligencia artificial* (2023).







espol<sup>®</sup>

Facultad de Arte, Diseño y  
Comunicación Audiovisual